



UNA NOCHE

*Dorada*

**CHRISTIAN  
MARTINS**

Una noche  
Dorada

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN AGOSTO 2017**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS**

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse.

Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella.

Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozarse la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?

“Mi madre siempre decía que cada estrella del firmamento pertenecía a un amor  
que lo intentó, pero no lo logró...”

## AGRADECIMIENTOS

A Vanesa Beltrán Ruiz y Ana Belén, por su esfuerzo y apoyo, por toda la ayuda que me brindan siempre.

A todas las chicas Martins, por estar a mi lado en cada pequeño paso que avanzo hacia delante. Gracias por vuestro cariño, sois mi fuerza de cada día.

A mi familia, que aún sin agradarles mi pasión literaria, me animan a continuar y luchar por mis sueños.

# 1

Arianna se incorporó levemente y observó a Markus, que se encontraba desnudo junto a la ventana. Aún eran las tres de la madrugada y el cielo continuaba teñido de gris, con una luna imponente vigilando a los comercios cerrados y a las persianas bajadas de las calles de Zúrich.

Markus aspiró una larga calada de un Lucky Strike y fue soltando el humo que segundos atrás había inundado sus pulmones con lentitud. Arianna odiaba el tabaco, pero en aquellas tres semanas que habían pasado juntos jamás se lo había dicho. ¿Para qué? Markus tan sólo se encontraba de visita en el trayecto de su vida y en muy poco tiempo lo dejaría atrás para no volver a verle jamás.

No pudo evitar observar con deseo aquellos increíbles abdominales que se marcaban profundamente, acompañados de unos mus-culosos brazos. Tenía los labios carnosos y los ojos azul intensos, atributos que lograban enloquecerla terriblemente.

Hacía menos de diez minutos que habían terminado de hacer el amor, pero no podía evitar sentirse tan dispuesta con rapidez. ¿Por qué no aprovechar? En unas horas ella se subiría a un avión y se dirían adiós para siempre, ¿por qué no disfrutar el uno del otro?

Se levantó de la cama, completamente desnuda, y se acercó con paso firme y decidido hasta él. Markus aspiró la última calada del cigarrillo y lo tiró por la ventana, antes de girarse hacia ella con voz ronca.

—¡Joder, Ari! —exclamó—. No quiero que te marches...

Se podía atisbar el nerviosismo y el malestar en la forma que tenía de moverse, muy diferente a la habitual.

Ignorando las palabras de Markus, ella se acercó con una media sonrisa muy traviesa y deslizó las manos por su firme torso. Las paseó con deseo a través de su pecho y fue descendiendo lentamente por sus abdominales hasta llegar a su miembro; que aún no se encontraba preparado para la acción. Markus giró la cabeza para intentar

besarla en los labios, pero ella le esquivó y se lanzó a su cuello. Aún le olía el aliento a tabaco y odiaba aquel mal sabor.

Se entretuvo lamiéndolo con pasión mientras acariciaba su pene con suavidad y notaba cómo poco a poco comenzaba a endurecerse. La respiración agitada de Markus le indicó que, en muy pocos segundos, éste también se encontraría dispuesto para regresar a la cama.

—¡No! —exclamó, apartándose dos pasos hacia atrás.

Ambos aguardaron silencio unos segundos; Arianna intentando comprender qué era lo que sucedía y Markus verificando que la casa continuaba en calma.

Compartía piso con un compañero de la universidad y no quería despertarle a deshoras.

Markus suspiró hondo y negó con la cabeza, clavando la mirada en sus ojos. Volvió a percatarse de la belleza que poseía y sintió que algo en su interior daba un vuelco. Amaba a aquella mujer, aunque nadie más fuera capaz de comprender por qué.

—¿Qué es lo que te ocurre? —inquirió, aún con la sonrisa juguetona impresa en el rostro.

Markus suspiró con irritación y los ojos encharcados y Arianna temió que fuera a echarse a llorar.

¿Pero qué demonios le pasaba?

—No puedo perderte, Ari...

Ella, agobiada e irritada por el comportamiento infantil del chico que tenía delante, cruzó los brazos en jarras y le devolvió una mirada de incredulidad. ¿De verdad iba a desperdiciar el tiempo en armarla un numerito? ¡Por Dios! ¡Tan sólo se conocían de tres semanas!

Creyó que, quizás, había llegado el momento de ir pensando en cambiar de objetivos.

Arianna tenía predilección por los chicos más jóvenes que ella, si eran rubios de ojos azules, mejor, y si pertenecían a la clase obrera de la sociedad, todavía mejor. Por lo general, aquella clase de chicos no solía exigirle nada; todos sabían que ella escapaba al alcance de sus posibilidades y todos parecían conformarse con un par de revolcones y noches de pasión. Los tipos como Markus, que no querían asimilar la realidad, tan sólo aparecían de vez en cuando y Ari solía tener cuidado a la hora de esquivarlos. En cambio, los hombres más adultos o de mayor estatus, parecían ir a por todas; cosa que



Arianna odiaba. Aún era demasiado joven como para comprometerse en matrimonio con nadie y quería disfrutar un poco más de lo que la vida tenía para ofrecerle.

—No puedes perder algo que no posees —murmuró, mientras se agachaba para recoger sus pertenencias.

Si algo intentaba evitar, era aquellos embrollos.

Estaba agotada y muerta de sueño, y había quedado bastante claro que la diversión había llegado a su fin. Entonces, ¿para qué hacer el esfuerzo y quedarse allí?

Markus se quedó mirándola, anonadado. Sabía que Arianna era fría y sabía que le costaba expresar sus sentimientos en voz alta, ¿pero cómo podía marcharse a sí, sin más? No volverían a verse, no volverían a tocarse, no volverían a besarse jamás. Aquellas últimas tres semanas, habían compartido caricias, no sólo sexo. Habían hecho el amor incluso dos veces en un mismo día, aprovechando cualquier pequeño momento de la semana para encontrarse.

Markus había pensando que aunque ella no lo dijera en voz alta, también sentía algo por él. Si no, ¿por qué había buscado cualquier instante del día para pasarlo a su lado?

La vio colocarse el sostén y sintió que un nudo se formaba en su garganta; no quería perderla y estaba dispuesta a cualquier cosa por ella.

—Estoy pensando en irme a vivir a Inglaterra, contigo —soltó, a bocajarro.

Arianna se quedó de piedra con la ropa hecha un ovillo sobre su regazo.

Se dejó las medias a medio poner, subidas tan sólo hasta sus rodillas, y alzó la mirada para comprobar si Markus hablaba realmente en serio. El semblante del muchacho de ojos azules denotaba seriedad y seguridad en sí mismo.

—No puedes venir a Inglaterra conmigo —señaló, exasperada—. Markus, mi padre jamás me permitiría estar con un hombre de tu clase. Además, ¿de qué piensas vivir? ¡Ni siquiera has terminado la universidad!

Él caminó al frente y se sentó junto a ella, en la cama. Atrapó una mano de Arianna entre las suyas mientras una lágrima se deslizaba por su rostro.

—Me he enamorado de ti, Arianna. No me importa que tu padre no quiera que estemos juntos, buscaremos la solución.

Ella soltó una risita amarga mientras liberaba su mano.

¿Por qué había tenido que torcerse tanto la noche? Tan sólo había buscado un rato de diversión, nada más.

—Markus, por favor, para ya —suplicó, agotada.

Elevó la mano hasta su ancha mandíbula y acarició su rostro levemente.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que es... Vamos a disfrutar del poco tiempo que nos queda para nosotros.

Markus dudó.

Sin dejarle tiempo para responder, Arianna se juntó más a él y rodeó su cuello con ambos brazos. Sonrió de manera seductora antes de lanzarse a sus labios, mientras enroscaba el cabello de Markus entre sus dedos y tiraba levemente de él. Notó el sabor a tabaco inundar su paladar y sintió deseos de volver a apartarse, pero tras deslizar la mano por el cuerpo musculado del chico con el que estaba se lo pensó dos veces. Si le provocaba, tal vez, podrían divertirse un ratito más y dejar aquella absurda discusión en el olvido.

Al principio Markus no se mostró muy convencido, pero poco a poco comenzó a excitarse, cayendo en los encantos de Arianna. Ella masajeaba su pene, cada vez más firme, mientras él se entretenía quitándole las medias.

No llevaba bragas, así que tan sólo le quedaba encima el sujetador de encaje negro que su anterior ligue le había regalado por Navidad. Era de una firma italiana que a Arianna le chiflaba, y sabía de sobra que el pobre chico se había dejado la paga extra en aquel pequeño detalle; un detalle que quedaba fuera de su alcance pero que, aún así, había adquirido para intentar impresionarla.

Cuando la liberó de las medias, se subió sobre su regazo. Markus clavó la mirada en ella, intentando atrapar su imagen en la memoria como si se tratase de una instantánea. Su sonrisa traviesa e inocente, sus pechos firmes, grandes, su cintura estrecha, la curva de sus caderas... Era una diosa, una diosa muy sensual.

Arianna, dispuesta a disfrutar un rato más de aquel joven y musculoso cuerpo, le empujó obligándole a caer sobre la cama. Él soltó una risita, y supo entonces que había terminado de olvidarse de aquella discusión y que se encontraba dispuesto a regresar a la acción.

Se tumbó sobre él, a horcajadas, mientras se movía lentamente para rozar su clítoris contra su duro y firme pene. Escuchó los jadeos de Markus, que se encontraba impaciente por penetrarla pero que respetaba los ritmos que ella quisiera marcarle. Sin

dejar de frotarse contra él, comenzó a besarle y a lamerle, provocándole, lentamente, descendiendo poco a poco.

Markus sintió que se desesperaba y ardía en deseos de hacerla suya, pero se contuvo. Sabía que a Arianna le gustaba poseer las riendas de la situación. Cuando detuvo el reguero de besos, abrió los ojos para observarla mientras sus firmes pechos se restregaban contra su rostro. Markus colocó las manos sobre su cuerpo, lujurioso, se lanzó a succionar su pezón derecho.

—Tssss... —murmuró ella, apartándose de él—, primero hazme disfrutar.

Markus se detuvo en el acto y la miró, esperando alguna explicación más directa sobre sus deseos.

Ella se levantó de su regazo y caminó hasta el otro lado de la cama con sensualidad y paso lento, encantada con aquella mirada salvaje con la que la observaba. Él, obediente, se mantuvo en el mismo lugar en el que se había encontrado sentado y esperó hasta que Arianna se tumbó sobre la cama.

La miró, mientras el calor ascendía por sus entrañas, nublando sus pensamientos y su vista. Ella abrió sus piernas y se llevó el dedo índice hasta su sexo, después se lo metió a la boca y lo chupó con los ojos entrecerrados y la cabeza hacia atrás.

Tras comprender qué era lo que Arianna deseaba de él, se arrastró por la cama hasta quedar a sus pies. Ella elevó una pierna y la dejó caer encima de su hombro, mientras se mordía lujuriosamente el labio inferior. Markus, dispuesto a complacerla, se deslizó entre sus piernas hasta alcanzar su sexo. No le sorprendió encontrarla húmeda y dispuesta, y sin pensárselo dos veces hundió su boca entre sus labios y lamió su sexo hasta llegar a su hinchado y caliente clítoris. Lo lamió y lo besó, mientras introducía dos dedos en su interior.

—¡Oh, Markus, sí...! —gritó, sin poder contenerse.

Se preocupó unos instantes por su compañero de piso, pero cuando Arianna golpeó su hombro y señaló su sexo para que continuase, no se lo pensó dos veces y regresó a su labor. Si se despertaba, comprendería que aquella era la última noche que pasarían juntos.

—¡Más rápido, por favor..., sigue...!

Arianna gemía de placer mientras observaba al chico de los ojazos chuparla, saborearla y lamerla. Era experta en encontrar el punto fuerte de cada hombre con el que se metía en la cama, y Markus no tenía rival en lo que al sexo oral se refería. Sentía cómo apretaba su clítoris, lo succionaba para después soltarlo y chuparlo con delicadeza mientras metía y sacaba sus dedos en su interior, ansioso y dispuesto a complacerla.

—¡Oh, por Dios, sigue... Oh, sí, Markus!

Arianna se llevó una mano hasta su pecho y después la otra, y comenzó a masajearse lujuriosamente, rozando el éxtasis.

Markus alzó la mirada y la observó, sin dejar de lamer su humedad un solo instante; tenía la espalda arqueada, los ojos cerrados, se mordía el labio inferior con sensualidad y aprisionaba pasionalmente sus pechos... ¡le volvía loco y se moría de ganas de penetrarla de una estacada y hacerla gritar!

—¡Oh, sí, sí, sigue, Markus, no pares!

Dedujo, por sus gritos, que se encontraba muy cerca de alcanzar el orgasmo y se emocionó. Le encantaba verla disfrutar de esa manera, le volvía loco. Introdujo tres dedos dentro y comenzó a moverlos en su interior más salvajemente mientras recorría sus labios vaginales, calientes, hinchados, con la lengua. Las piernas de Arianna temblaron sobre su espalda y alzó la mirada hacia ella, que se arqueaba de placer mientras ahogaba un gemido y clavaba la vista en el techo blanquecino de la habitación.

Su cuerpo se convulsionó varias veces y fue imposible no gritar de placer, sin importarle quién pudiera escucharla. Markus escuchó un golpe al otro lado de la puerta y se preguntó si su compañero se habría desvelado al final.

Miró a Arianna y ésta sonrió, complacida.

Aunque ella había alcanzado el éxtasis, él aún continuaba reteniendo en su interior el placer y el calor y se moría por desfogarse y penetrarla.

—Me ha encantado —aseguró, mientras se sentaba en el borde de la cama.

Eran las cuatro menos cuarto de la mañana. Dejó que su cuerpo se estabilizase y después se levantó para ir al baño a lavarse.

Markus la observó, sin saber si habían acabado o aún quedaba diversión por delante, deseando continuar para liberarse.

—¿Hemos terminado ya? —inquirió, dubitativo, mientras la puerta del lavabo se cerraba tras ella y la perdía de vista.

—¡Sí! —gritó—. Mi avión sale en unas horas y quiero descansar un rato...

Se quedó sentado allí, decepcionado, mientras la ansiedad volvía a invadir su cuerpo.

Arianna se marchaba y no volvería a verla jamás.

—¿Puedes ir llamando a un taxi? —preguntó, con el grifo de la ducha encendido de fondo.

—Claro...

## 2

Aunque odiaba las mudanzas, tenía que admitir que había disfrutado de aquel último año en Suiza. Después de haber terminado el Máster, su padre le había conseguido las prácticas laborales en una de las más prestigiosas editoriales en la que, sin duda, Arianna había causado una buenísima opinión.

El taxi se detuvo frente al portal del piso en el que había vivido los últimos meses mientras las primeras gotas de lluvia comenzaban a chocar contra las ventanillas. Arianna se inclinó hacia delante para llamar la atención del conductor y deslizó una propina generosa frente a él.

—¿Podría acompañarme para bajar el equipaje?

No pensaba encargarse ella sola de las maletas, eso desde luego.

El hombre asintió, pulsó el botón de las luces de emergencia y se apresuró a bajar del vehículo. Arianna volvió la vista al exterior de nuevo y maldijo la lluvia, antes de salir. Caminó con paso ligero hasta el portal y se apresuró a abrir la puerta antes de que el pelo se le mojara. No iba bien peinada, porque el revolcón con Markus había dejado

su huella, pero al menos lo llevaba bien recogido y sin encrespar, así que no quería mojárselo.

El piso en el que había vivido aquella última temporada de su vida se encontraba situado en una de las mejores zonas de Zúrich. Aunque no era una casa y no estaba acostumbrada a espacios tan pequeños, Arianna había encontrado intimidad y comodidad en él y sabía que, tras regresar al hogar de sus padres, terminaría echando de menos aquel espacio y la independencia que le proporcionaba.

Abrió la puerta mientras el taxista esperaba, profesionalmente, tras ella en el pasillo. Encendió las luces del recibidor y contempló las maletas que la aguardaban. Se adentró y echó un vistazo a las habitaciones, de una en una, inspeccionando que no se dejase nada importante en aquel lugar. “Adiós a Suiza, a la editorial y a los hombres con los que se había relacionado aquellos últimos meses”, pensó, mientras cerraba la última puerta. Le indicó al chófer que podía pasar a cargar con las maletas y, cuando éste las cogió, salió tras él y cerró con las llaves que después dejaría en el buzón, antes de salir.

Mientras se dirigían al aeropuerto de Zúrich, la lluvia empeoró condensando el tráfico. Su vuelo no saldría hasta las siete de la mañana, así que tenía tiempo de sobra y decidió acomodarse hasta que el la densidad de las carreteras se diluyese. Sacó su teléfono móvil del bolso y revisó los mensajes; tenía uno de Markus, despidiéndose y recordándole que la echaría mucho de menos y otro de su hermana pequeña, Rose, que le deseaba un buen vuelo. “Vuelve a casa por Navidad, Ari”, bromeaba en él, aunque estaban en plena primavera.

Decidió no contestar a uno ni al otro y abrió las aplicaciones que contenían la prensa londinense. Política, atentados..., nada que mereciera la pena leer a esas horas tan tempranas si quería comenzar con buen pie el día. Además, estaba cansada y el sueño comenzaba a pasar factura, así que terminó conectándose los auriculares con la música elevada para mantener a raya los párpados rebeldes que amenazaban con cerrarse.

El vuelo duró una hora y cuarenta minutos y fue tal y cómo había esperado; sin retrasos, sin complicaciones, sin esperas. Cuando se bajó, se dirigió directamente a la puerta de salida, dispuesta a esperar a Abraham allí.

Abraham era el chófer de su padre y llevaba trabajando para la familia más de veinte años. Aunque guardaba las distancias con ellos, el tiempo había provocado que prácticamente le considerasen uno más de los Townsend y que la confianza que le procesasen fuese mutua y sincera. Como siempre, Abraham esperaba en la cinta de maletas, recogía las pertenencias de Arianna y después regresaba a la salida para guiarla hasta el vehículo, que solía encontrarse aparcado en la primera plaza del parking, ya que si de algo presumía Abraham, era de ser previsor y de acudir a los sitios con suficiente antelación y organización.

Arianna salió y miró a su alrededor, antes de revisar la hora en su reloj de muñeca; había llegado a la hora prevista. Supuso que Abraham no tardaría demasiado, pues el avión no viajaba con demasiados pasajeros y la mayoría de ellos no habían facturado equipaje al tratarse de un vuelo de tan corta duración.

Decidió enviarle un mensaje a Rose mientras esperaba; “ya he aterrizado en Londres, te veo en un rato”. De sus dos hermanas, Rose era con la que más afinidad tenía. Grace, su hermana mayor, era más alocada y más... Ni siquiera sabía cómo describirla. Le gustaba relacionarse con la gente de los suburbios y vivía para desafiar continuamente a su padre y mermar la paciencia de sus familiares. Aunque todos habían esperado que con los años madurase, Grace había pasado los treinta y continuaba en la misma línea de siempre, agotándoles y provocándoles constantemente.

Miró a su alrededor intentando divisar a Abraham. Estaba tardando muchísimo y no era muy normal en él. Como siempre le había esperado en aquella zona, decidió aguardar unos minutos más antes de salir en su busca.

Quince minutos, veinte, y Abraham seguía sin aparecer. Disgustada por el contratiempo, decidió acercarse a la cristalera que mostraba la cinta de maletas, por si continuaba allí. Desde lo alto, comprobó que su chófer continuaba desaparecido en acción, a diferencia de las maletas, que salían y entraban en la cinta dando vueltas y más vueltas en solitario.

—No me lo puedo creer... —suspiró, desesperada.

¿Dónde narices se había metido? Aquello era realmente impropio de él.

Sacó su teléfono móvil del bolso y marcó de memoria el número de él. Esperó que los tonos se reprodujesen uno detrás de otro, pero nadie respondió a la llamada.

Asqueada, se dirigió al control de seguridad para recuperar sus maletas.

—Disculpen, mi equipaje continúa en la cinta y necesito recuperarlo.

Los agentes se miraron mutuamente sin comprender.

—¿Ha pasado el control de salida sin recoger sus maletas?

Arianna dudó.

Le parecía demasiado complicado explicar que uno de los empleados de su padre tenía acceso a la cinta para recoger su equipaje, pero que éste se encontraba en paradero desconocido.

—Un descuido —señaló—, estoy deseando llegar a casa.

Aunque les pareció extraño, tras comprobar el billete de Arianna uno de los guardias acudió a recoger su equipaje. Veinte minutos después, recuperaba sus maletas.

Hastada y desesperada, comenzó a caminar de vuelta a la entrada por si encontraba allí a Abraham... ¿Qué podía haber sucedido? ¿Quizás había recibido mal el horario del vuelo? Decidió que lo mejor, dadas las circunstancias, sería esperar a un taxi.

Caminó cargada con el equipaje mientras arrastraba la enorme maleta. Había comenzado a sudar y se sentía incómoda y pegajosa, y además tenía los ojos irritados por la falta de sueño. Cuando se encontraba a pocos metros de la salida principal —que daba directamente a la zona de taxistas—, su teléfono móvil comenzó a resonar dentro del bolso.

Cada vez más irritada con la situación, tuvo que soltar en el suelo sus pertenencias para liberar los brazos y poder rebuscar hasta dar con él.

—Dígame —respondió, malhumorada.

—¿Señorita Townsend? —inquirió una voz masculina que Arianna no fue capaz de reconocer.

No estaba de humor para aguantar a periodistas o analistas en busca de información sobre su padre y sus negocios, así que decidió cortar por lo sano.

—Así es —afirmó—, vaya al grano porque no me pilla en buen momento. ¿Quién es y qué desea?

Su interlocutor carraspeó.



—Me llamo Jason y soy su nuevo chófer. Tenía programado recogerla en el aeropuerto de Heatrow hace más de cincuenta minutos, pero parece que ha debido de haber algún tipo de confusión porque llevo aquí...

—¿Disculpe? —interrumpió Arianna, irritada.

¡Genial!

¿Por qué su padre había enviado a aquel inútil a recogerla? Si algo odiaba Arianna, eran los cambios de rutina y de personal y, sobre todo, a los empleados incompetentes.

—Como le decía, llevo aquí esperándola...

—Mire, Jason —le volvió a cortar, procurando controlar su tono de voz pero sin poder ocultar el desagrado que sentía—, llevó dando vueltas en el aeropuerto una hora, así que ya puede aparecer en la entrada ahora mismo o regresaré en taxi si es necesario.

Sin dejarle tiempo a responder, cortó la llamada.

Un segundo después, aún con el teléfono móvil en la mano, el sonido de llamada volvió a resonar. Arianna no podía creer lo que estaba sucediendo.

—Jason, ¿qué parte no ha entendido? —susurró en voz baja, calmándose.

Se encontraba a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¿Jason? ¿Quién es Jason?

La voz de Markus llegó desde el otro lado del auricular. “Tiene que ser una broma”, pensó, mientras pulsaba el botón rojo que cortaba la llamada sin molestarse en responderle. ¿Pero qué narices quería Markus? ¿Acaso no había quedado todo claro? ¿Acaso no se había marchado ya de Zúrich? ¡Por Dios!

Volvió a meter el teléfono en el bolso y, cargándose con todos los cachivaches, avanzó hasta la puerta para esperar al chófer. Decidió que, si en cinco minutos no se encontraba allí para recogerla, se marcharía en el primer taxi que se le cruzara.

—¡Señorita Townsend! —exclamó alguien en su espalda.

Se giró, imaginándose que sería el tal “Jason” y se encontró con un chico que corría hacia ella. Iba vestido con el típico traje negro, sin corbata y con los primeros botones de la camisa desatados. Tenía el cabello castaño con reflejos pelirrojos, y lucía un cuerpo musculado que podía intuirse a la perfección aún estando vestido. Cuando se

acercó hasta ella, comprobó que tenía los ojos de un color verdoso con pequeñas motas marrones.

Sonrió, dedicándole un guiño de ojo en señal de complicidad, y Arianna contempló ensimismada su perfecta dentadura y sus carnosos y sensuales labios. Le costaba calcular la edad del chico, ya que a pesar de su rostro inocente, podía apreciársele ciertas arrugas en la comisura de los labios. Era la clase de chico capaz de embelesar a cualquier mujer con tan sólo una mirada y, desde luego, Arianna no lo había obviado.

—Un placer conocerla, señorita —saludó, tendiéndole la mano.

Arianna rechazó el saludo y lanzó una mirada a las maletas.

—Vamos con retraso —aclaró—, y tengo prisa.

—¡Claro! —respondió él, borrando la sonrisa de su rostro y agarrando la bolsa de viaje y la maleta pesada—. Déjeme que le ayude con el equipaje.

Ella, sin poder creer lo que ocurría, observó cómo el chico echaba a caminar dejando allí la maleta de mano y otra bolsa de viaje. ¿Pero qué narices ocurría con él? ¿De dónde demonios había sacado su padre aquel despropósito de chófer? ¿Acaso se pensaba que iba a cargar con las maletas?

Alzó las cejas y clavó la mirada en la espalda de Jason. Éste, al ver que la chica no le seguía, se giró hacia ella.

—¿Ocurre algo, señorita Townsend? —inquirió con gesto serio.

Arianna pudo apreciar el tono de voz malhumorado en el timbre de su voz.

—¿No pensaré que llevaré yo el resto de las maletas, no?

Jason se quedó mirándola fijamente varios segundos, pero al final retrocedió, cargó en sus brazos el resto del equipaje y echó a caminar a paso ligero hacia el parking.

Arianna, con los ojos en blanco y asimilando aquella mala experiencia que había tenido que vivir, se encaminó tras él mientras el cansancio invadía las extremidades de su cuerpo.

Sin poder evitarlo, desvió la mirada hacia el trasero del chófer, que no estaba nada mal. Un pensamiento tórrido se deslizó por su mente, junto a unas cuantas escenas eróticas que fueron incapaz de dejarla indiferente. Valoró si Jason podía llegar a adaptarse a su prototipo de ligue: clase obrera, sin dinero ni estatus, joven, que no le exigiera nada más. Desde luego, era una apuesta peligrosa, pues trabajaba para la

familia y aquel pequeño detalle podía llegar a complicar las cosas. Al final, decidió que era demasiado complicado, demasiado arriesgado.

El chófer cargó las maletas de una en una en el maletero, prácticamente lanzándolas en el interior. Arianna no pasó por alto el malhumor y la rebeldía del chico, pero decidió no decir nada al respecto.

Si continuaba con aquella mala actitud, ya hablaría con su padre más adelante.

Tras cargar las maletas, Jason cerró el portón y rodeó el vehículo para subirse en su asiento. Arianna había esperado cierta caballerosidad por su parte pero, al ser consciente de que no le abriría la puerta, se adentró en el vehículo.

—¿Es la primera vez que trabaja como chófer, Jason?

### 3

Viajaban en silencio.

El buen humor del chófer había desaparecido de golpe y plumazo, cosa que Arianna agradeció. Si algo le gustaba de los empleados habituales de su padre, es que todos eran capaces de diferenciar el lugar que les correspondía a ellos y el que le correspondía a ella. Estaban desempeñando una labor y debían ser profesionales, antes que cualquier otra cosa.

Llevaban diez minutos de viaje cuando, al final, no pudo resistirse a los encantos de Morfeo y cayó en un profundo sueño. Cuando volvió a abrir los ojos, los campos verdes y las pintorescas casitas de Castle Combe se abrían paso en la colina. Pegó la mirada al cristal, desperezándose, y divisó la torre de la mansión de Manor House; su hogar. Sus antepasados habían levantado los cimientos de aquel lugar en el siglo XIV y desde entonces los Townsend habían vivido entre aquellas paredes, generación tras generación, ininterrumpidamente.

Jason aparcó el coche en la entrada y dos minutos después Rose aparecía en la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja.

Arianna pisó tierra firme y observó su alrededor con una sonrisa tierna y nostálgica, feliz por encontrarse de vuelta pero triste a su vez por haber perdido la independencia vivida, mientras Rose ascendía las escaleras para reencontrarse con ella.

—Hogar dulce hogar... —musitó Ari para sí misma.

Rose la alcanzó para estrecharla entre sus brazos.

—Te has perdido muchas cosas interesantes, querida hermana —susurró en su oreja para que Jason no las escuchara.

Arianna alzó la mirada hacia ella, esperando más detalles y más información.

—Señorita, ¿quiere que saque el equipaje?

Ambas se giraron hacia él mientras Rose saltaba en carcajadas.

—¿No esperaras que lo baje yo, no? —le preguntó Arianna, irritada, mientras miraba a su hermana con desesperación.

Rose se pegó más a ella, agarrándola del brazo.

—Parece que el chófer nuevo no está nada mal, ¿eh? —susurró en su oreja.

Manor House parecía contar con un escudo protector contra el paso del tiempo. El siglo XXI había acabado con la mayoría de las familias como los Townsend, pero era de manifiesto que la colina de Castle Combe se había librado de la criba y continuaba resistiéndose a la realidad.

Aunque se habían visto obligados a vender la mayoría de los terrenos que tiempo atrás habían pertenecido a su propiedad, la mansión y los jardines aún continuaban inscritos bajo el apellido gracias a la buena mano del abuelo de Arianna, que había sabido invertir en los negocios y en las acciones que más tarde, les había devuelto una gran cifra de beneficios. Todas las edificaciones de aquel tipo, excepto unas pocas, habían terminado convirtiéndose en hoteles de lujo comprados por futbolistas o actores de cine. Franck Townsend le había regalado su vida y su cordura a la política y a las empresas de construcción que había abierto por todo el mundo. Su fama y su buena visión —al igual que las de Franck abuelo—, hacían posible que la fortuna de la familia aún se mantuviera en una buena posición.

Arianna miró a Jason de reojo, que no se movía de su lugar.

—¿Qué quieres que haga con las maletas? —inquirió de mala gana.

Se quedó petrificada cuando la tuteó. Por lo general, solían tratarla con un poco más de respeto, pero decidió restarle importancia y lidiar con él lo mejor posible.

—Súbelas a mi dormitorio —respondió, con el mismo mal tono de voz que él había empleado.

Rose los examinó sin entender qué era lo que ocurría entre aquellos dos, pero al final negó con la cabeza y tiró de su hermana para apremiarla a entrar.

—El sábado tenemos organizada la velada de bienvenida al verano, La Noche Dorada... Y adivina quién vendrá a la cena...

Ari la miró con curiosidad. La Noche Dorada solía ser un convite benéfico que su padre organizaba cada año en Manor House. Todo el mundo sabía que tan sólo se trataba de un paripé para la prensa, donde multitud de celebridades y políticos se arremolinaban para hacer gala de su buena fe, pero para Rose significaba mucho, muchísimo.

Rose, que era una soñadora romántica y aún creía en el amor y en el clasismo, aprovechaba aquel tipo de actos para intentar cazar a un “buen marido”; es decir, un ricachón que la mantuviera y le diera una buena vida y un buen status general.

Arianna sabía que tarde o temprano tendría que fijar sus miras en algo así y comenzar a plantearse cierta búsqueda, pero por ahora no estaba interesada. Además, a diferencia de Rose, ella tenía estudios, buenas calificaciones —inmejorables—, y podía mantenerse por sí misma si lo deseaba gracias a los contactos que su padre le proporcionada.

Aquel año, Franck Townsend se presentaba al cargo de vicepresidente y tenía muy altas las expectativas en La Noche Dorada. Había programado todo al dedillo y no había dejado un solo detalle al azar. A sí mismo, se había asegurado de que todas las caras conocidas de Inglaterra terminasen reunidas en los jardines de Manor House, sin excepción.

—¿Quién vendrá? —inquirió, mientras subían las escaleras hacia el primer piso.

Se habían cruzado a Grace y Arianna no se había molestado siquiera en saludarla con la cabeza. Su hermana mayor era invisible para ambas y pocas veces se dirigían a ella, tan sólo cuando no les quedaba ninguna opción para evitarlo.

Grace se había acostumbrado a aquel maltrato e incluso, en ocasiones, llegaba a agradecerlo.

Aquella familia y todo lo que significaban era una farsa para ella. Escuchó a sus hermanas hablar de Steve Lowell, uno de los nuevos fichajes de su padre que parecía tener locas a las féminas allí por donde pasaba. Sabía que Arianna y Rose le habían echado el ojo encima y solía ser el centro de sus conversaciones, cosa que le repugnaba. En ciertos aspectos, sus hermanas podían llegar a asemejarse a un par de adolescentes con las hormonas revolucionadas que vivían en los mundos de Alicia en el país de las maravillas.

Jason subía tras ellas, cargado hasta arriba de equipaje cuando también se cruzó con Grace.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó ella, sin poder evitarlo.

Sabía que era el chófer nuevo, lo había visto un par de veces aquella semana.

Él dudó, pero al final asintió.

—Muchas gracias —agradeció, mientras le tendía las bolsas menos pesadas.

Jason cargó con mayor comodidad la maleta grande en su espalda y agarró la pequeña de mano con fuerza mientras continuaba subiendo las escaleras de caracol.

—No tienes que agradecermelo —señaló, encantada.

Ella no era como los demás y se sentía orgullosa de ello.

Cuando llegaron arriba, Rose y Arianna le lanzaron una mirada ridiculizante a su hermana mientras ésta dejaba en el suelo las maletas y salía escopetada de allí. Jason, en cambio, se quedó plantado en el umbral de la puerta, mirando fijamente a Arianna.

—Papá dice que Steve será su sucesor en multitud de tareas y que deberías empezar a plantearte darle una oportunidad —parloteaba Rose, sin prestar atención al duelo de miradas que estaba teniendo lugar en la habitación.

—¿Qué narices quieres ahora? —soltó Arianna, irritada.

Jason dibujó una media sonrisa que Ari no tardó demasiado en identificar. Era el mismo gesto que ponía ella cuando se salía con la suya y tenía lo que quería, así

que dedujo que el chófer tan sólo quería provocarla y sacarla de sus casillas, aunque no entendía el por qué.

—¡Lárgate! —exclamó, colérica.

—Como quieras —respondió dejadamente antes de darse la vuelta y cerrar la puerta de la habitación.

Rose miró a su hermana, extrañada.

—¿Qué te pasa con el chófer?

Arianna negó rotundamente con una sacudida de cabeza y decidió aparcar a aquel chico de sus pensamientos.

—¿Qué decías de Steve Lowell?

## 4

Jason, que estaba acostumbrado a que todas las mujeres se rindieran ante sus encantos, no soportaba un segundo más trabajar en aquel lugar. Sabía que no tenía más opciones y que debía quedarse y soportar a Arianna Townsend, ya que no encontraría otro empleo tan bien pagado como aquel, pero las malas formas de aquella mujer comenzaban a mermar su paciencia e intuía que tarde o temprano no podría evitar una mala contestación.

Lucy le miró mientras mordisqueaba una galleta, sentada a su lado en la cocina de la mansión.

—¿Qué te pasa?

—No la soporto.

Ella torció una mueca.

—¿A quién?

Lucy y él se conocían desde hacía bastantes años y gracias a ella había adquirido aquel empleo.

—Arianna Townsend —replicó, sin poder ocultar el odio en su tono de voz.

Ella se acercó hasta él y se sentó sobre su regazo, dejando la galleta de mantequilla a un lado para poder abrazar su cuello con ambos brazos.

—No tienes que soportarla, tú sólo haz lo que te pide —ronroneó en su oreja, justo antes de besarle el cuello—, y con eso bastará.

Jason sonrió fugazmente y la examinó.

—¿Aquí?

Ella asintió.

—Son las doce de la mañana, no vendrá nadie a molestarnos... Y podemos darnos prisa.

Se lo pensó varios segundos y decidió que no le vendría mal un poco de desfogó para soportar el día. Aquella tarde tendría que acompañar a Arianna hasta la ciudad y aún no sabía muy bien cómo lograría armarse con tantísima paciencia. Era una arpía.

Lucy le distrajo de sus pensamientos restregando su mano contra su entrepierna, mientras poco a poco su miembro se endurecía bajo el pantalón del traje.

—Venga, Jason... —ronroneó, excitada.

Al final, él terminó devolviéndole una pícara sonrisa y con un gesto, le indicó que se levantara de la silla.

Lucy obedeció, deseosa de complacer al irlandés que tenía delante y ansiosa por sentirle, mientras el calor invadía su cuerpo y el deseo se instalaba en su mente.

Jason la giró y la empujó contra la mesa, apretando su espalda para dejar su trasero expuesto a él y sus pechos apretados contra la madera.

—Bájate las medias y súbete la falda— ordenó, mientras observaba a Lucy de arriba abajo.

No era la clase de mujer en la que se habría fijado un día cualquiera, pero hacía varias semanas que se traían aquel jueguito entre manos y a Jason le encantaba lo dispuesta y entregada que se mostraba siempre a él. Si algo le excitaba en una mujer, era que se rindiera totalmente a sus encantos y la confianza que le procesaba.



Ella, obediente, se subió la falda hasta la cadera, arremolinándola allí para que ésta no volviera a caer. Después, tras acariciarse con sensualidad el trasero, comenzó a deslizar las medias a través de sus piernas hasta dejarlas a la altura de las rodillas. Jason sacó un preservativo de la cartera y, sin desnudarse, se desabrochó el pantalón y se retiró el calzoncillo para liberar su erecto pene. Se lo colocó con destreza y se inclinó sobre Lucy, permitiendo que su miembro se introdujera entre las nalgas de la joven que tenía enfrente. Sobre ella, agarró su cabello rubio para obligarla a torcer hacia detrás la cabeza y comenzó a susurrarle en la oreja lo mucho que le excitaba tenerla bajo él.

—Estira los brazos sobre la mesa y dime qué es lo que quieres.

Ella soltó una risita nerviosa, excitada con aquel rol de sumisión que Jason le exigía en ocasiones. Le había costado tanto conseguirle... Y allí estaban por fin, después de tantos años.

Notaba el pene de Jason restregándose contra su sexo mientras poco a poco se humedecía cada vez más. Estaba tan excitada..., Jason lograba hacerla perder la cabeza y la razón con aquel aspecto irlandés tan sensual.

Sintió, de repente, la punta de su miembro jugueteando en las entradas a su interior. En vez de clavarse en ella, volvió a retirarlo para restregárselo por su sexo, apretándolo contra su clítoris y obligándola a gemir de placer.

Repitió el acto un par de veces más, apretándose, rozándose, humedeciendo el pre-servativo mientras el calor que la invadía crecía más, y más...

—Por favor, hazlo... —gimió roncamente, sin poder contenerse.

Jason sonrió al escucharla suplicar; le encantaba.

Sin andarse con rodeos, abrió las piernas de la chica que tenía en frente y la penetró de una estacada, mientras que con la mano derecha apretaba su espalda para evitar que se despegase de la mesa. Comenzó a moverse rápidamente, entrando y saliendo de su interior mientras los gemidos de Lucy llegaban a él, excitándolo. Aumentó el ritmo y le propinó un cachete en la nalga con la mano izquierda y después, mientras observaba cómo la marca rojiza de su mano se sellaba en su piel, apretó más y se clavó con más profundidad en ella.

Lucy, excitada, gemía y gritaba de placer mientras las embestidas continuaban; una y otra, cada vez más fuertes, más salvajes, mientras sentía continuamente cómo le propinaba un cachete detrás de otro, mezclándose el dolor con el placer y obligándola a

alcanzar el éxtasis. Jason alcanzó el orgasmo y, cuando Lucy sintió que este se corría, explotó.

Sin perder el tiempo, se quitó el preservativo y se subió el pantalón, preocupado por el ruido que hubieran podido hacer.

Lucy se giró y se sentó en la silla, aún con las medias en la rodilla y la falda subida, y miró a Jason con una sonrisa de atontamiento.

—Me encantas —confesó, sin quitarle el ojo.

Jason le guiñó un ojo, satisfecho con la reacción de la chica, mientras se metía la camisa por dentro del pantalón.

—Vístete antes de que venga alguien —señaló, preocupado.

Ella, sin levantarse del todo, obedeció y se colocó las medias y la falda en su lugar. Cada vez que hacía el amor con él, se sentía en una especie de paraíso las siguientes horas.

Vio cómo su sexy irlandés se disponía a abandonar la cocina y se levantó de un salto.

—¿Te vas?

Él asintió.

—Tengo que trabajar, Lucy. Hasta luego.

Ella caminó un paso al frente y sujetó la puerta para que no se cerrara tras él.

—¡Eh, Jason! —le llamó, mientras observaba cómo éste se alejaba apresurado—  
¡Podemos cenar esta noche si te apetece!

Alzó una mano en señal de despedida y, sin responder, caminó hacia delante con paso ligero.

Lucy se quedó allí plantada varios segundos hasta que la silueta de Jason desapareció de su campo de visión, preguntándose si con aquel gesto le habría querido decir “no” o “quizás”. Desde luego, un “sí” no había sido, y lo mínimo que se merecía por haberle conseguido aquel trabajo era, como poco, una verdadera oportunidad y no un triste polvo a hurtadillas sobre la mesa de la cocina. Aunque sabía que se aprovechaba de ella, no podía resistirse a sus encantos y le costaba concentrarse cuando le tenía cerca. Le deseaba, le adoraba, le amaba. Llevaba varios años enamorada de él,

aunque jamás se lo había confesado. ¿Para qué iba a hacerlo, si sabía que aquel amor no era correspondido? O al menos no con sinceridad.

La única esperanza que mantenía con Jason nacía de la famosa frase de que “el roce hace el cariño”.

## 5

Arianna sacó las prendas de su maleta, una por una, para poder inspeccionarlas. Las que no habían sufrido ninguna alteración en el trayecto, las guardó en su armario; las que se habían arrugado —aunque fuese mínimamente—, las echó en el saco de la colada.

En algunos aspectos, Arianna podía considerarse una mujer maniática y ordenada, al igual que lo era su madre, Viviane. Era esa clase de persona que pensaba que todo tenía un sitio en el mundo y, si lo sacabas de aquel lugar, fuera lo que fuere, dejaba de resultar de utilidad.

Viviane tenía la clara convicción de que su deber era ser esposa y madre, pero sobre todo pensaba que estaba en aquel mundo para aligerar las cargas que su marido, Franck, portaba sobre la espalda. No era una tarea sencilla, pero se preocupaba por cuidar de él y de su familia todo lo que podía y más. Arianna, que solía pensar del mismo modo que su madre, estaba de acuerdo con su teoría pero, por desgracia, era consciente de que aún no había encontrado su lugar.

Le gustaba la lectura, la prensa, la actualidad y, sobre todo, le gustaba sentirse superior a los demás y saber que tenía el control de las situaciones. Consideraba que muy pocas personas estaban por encima de ella (su padre, su madre, y pocas más), lo que le otorgaba cierto poder.

Aún agotada por la noche de pasión que había pasado con Markus y el viaje, decidió tumbarse un rato para despejar la cabeza. Aquella tarde Rose y ella habían quedado para comprar el vestido de La Noche Dorada, y sabía que, si no cerraba los ojos un rato, terminaría durmiéndose por cualquier esquina.

Se quedó mirando el techo de color crema hasta que, poco a poco, los párpados se le cerraron. No llevaba ni diez minutos dormida cuando alguien golpeó la puerta de la

habitación. Se desveló unos instantes y decidió que, quizás si no respondía, fuere quien fuera la dejaría tranquila y se marcharía por el mismo lugar por el que había venido.

Los golpes se repitieron y, suspirando, agotada, respondió.

—¿Quién es?

La voz de Viviane sonaba tan tierna como de costumbre.

—Cariño, somos nosotros.

Nosotros; tus padres.

Arianna se incorporó, bostezando, y se alisó la falda y la camisa que no se había molestado en sustituir por un pijama. Abrió la puerta y los miró, sonriente; llevaban mucho tiempo sin verse las caras.

Viviane, sin dudarle, se lanzó hacia su hija y la estrechó con fuerza entre sus brazos mientras la susurraba que la había echado de menos. Franck, en cambio, pasó al interior de la habitación cerrando la puerta tras de sí y contempló la escena sin decir nada. Franck no era demasiado hablador y tampoco le entusiasmaba mostrar sus emociones; motivo, quizás, por el que había conseguido llegar tan lejos.

—Mamá, ya vale, ¿no? —pidió la joven, agobiada con tanta muestra de cariño.

Se separó unos centímetros de Viviane, que aún continuaba sin borrar su sonrisa.

—¿Qué tal el vuelo de regreso, hija? —inquirió.

Arianna, agotada, se sentó en la silla de su escritorio y miró a sus padres. Necesitaba dormir.

—Muy tranquilo —confesó, mientras decidía ocultar, por el momento, el incidente que había sufrido con el chófer nuevo.

Su padre asintió en silencio, con una media sonrisa, mientras su madre continuaba hablando.

—Bueno, y cuéntanos, ¿qué tal todo en Zúrich? ¿Apenada por la marcha?

Arianna miró a uno y luego a otro y pensó, sin decir nada en voz alta, que se había quedado con lo mejor de cada uno y que la naturaleza era muy sabia. Odiaba parlotear, no le gustaba mostrar sus sentimientos, al igual que su padre, pero era maniática y ordenada, como su madre.

—Zúrich estaba muy bien, pero me alegró de estar de vuelta en casa —respondió, mientras la imagen de Markus regresaba a su cabeza.

Franck caminó unos pasos al frente, tocó el hombro de su hija levemente como muestra de cariño y después se dirigió a su mujer.

—Creo que Ari necesita descansar, querida —musitó en su oreja cuando pasó a su lado.

—¡Oh, claro! —exclamó Viviane, sin borrar su entrañable sonrisa—. ¡Nos vemos luego, cariño!

La puerta se cerró y Arianna se quedó allí sentada unos segundos, hasta que, al final, decidió levantarse apresurada para ir tras ellos.

—¡Papá! —gritó, nada más salir al pasillo.

Su padre se giró, consternado por aquella actitud tan atípica de su hija. Pocas veces levantaba la voz.

Cuando hubo captado la atención de ambos, Arianna preguntó.

—¿Dónde está Abraham?

Lo último que le apetecía era pasar la tarde de un lado a otro con el chófer nuevo.

—Se ha jubilado —respondió secamente su padre, antes de girarse de nuevo y continuar su marcha.

Arianna regresó a su habitación pensativa y apenada. Abraham había sido, prácticamente, uno más de la familia y le dolía no haberse podido despedir en condiciones de él. Por alguna razón, Abraham siempre había sentido un cariño especial hacia ella, cosa que resultó ser recíproca.

Regresó a la habitación, se quitó la ropa y sin molestarse en vestirse, se tumbó en la cama en tanga y en sujetador mientras notaba la suavidad de la colcha rozarse contra su piel.

Rose se subió en el vehículo y miró, a través del retrovisor, los ojos verdes y castaños del nuevo chófer. Debía confesar que no estaba nada mal, aunque era una pena que tan sólo fuera un triste conductor. Sin poder evitarlo, pensó que el chico quedaba a la altura de su hermana mayor, Grace, y que, quizás, incluso, podía resultar poco para alguien como ella.

¡Lástima, porque era un verdadero bombón!

—Jason, ¿qué hora es? —inquirió Rose, comenzando a impacientarse.

Arianna no solía llegar tarde.

—Las cinco y cuarto, señorita —respondió éste con rapidez, mientras revisaba su reloj de muñeca.

Rose suspiró hondo.

—¿Podrías ir a buscar a mi hermana?

¿Dónde se había metido Ari?

—Claro, ahora mismo.

Jason se bajó del coche mientras Rose admirada la silueta del hombre que tenía tras el cristal. Sin entretenerse, caminó a paso ligero hasta la puerta principal y desapareció del campo de visión de Rose.

El chico, sin embargo, no podía ocultar su irritación en el gesto de su semblante por mucho que se esforzase. Cierto era que Rose no era precisamente la amabilidad en persona, pero al menos resultaba mucho más agradable de tratar que Arianna. Y lo peor, ¡es que era el chófer personal de aquella arpía!

Subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al dormitorio de la mediana de los Townsend y aporreó la puerta sin delicadeza. Aguardó unos segundos y al ver que no respondía nadie, repitió el gesto.

Nada, no se escuchaba nada en el interior.

Se encontraba a punto de darse la vuelta y continuar la búsqueda cuando decidió cerciorarse y abrió la puerta levemente para contemplar el interior. Allí estaba Arianna,

desnuda, únicamente vestida con un ligero tanga de encaje negro y un sujetador a juego que tenía un pequeño lazo rojizo en uno de los tirantes. Estaba tumbada lateralmente y sus pechos quedaban aprisionados el uno contra el otro.

Sabía que no estaba actuando de manera correcta, pero aún así no fue capaz de levantar la mirada de sus curvas y de su vientre plano. Jason fue consciente de que tenía la respiración agitada, pues su pecho subía y bajaba desmesuradamente y con rapidez. Tenía la piel ligeramente bronceada y los cabellos castaños de la chica caían ligeramente sobre la almohada.

Sin evitarlo, fue consciente de que sus fantasías más eróticas y tórridas comenzaban a volar y sintió su miembro crecer con rapidez bajo el encarcelamiento de su pantalón, a pesar de que hacía tan solo unas horas que se había desfogado con Lucy. Observó los labios gruesos y entreabiertos de Arianna y sintió un deseo incontrolable de besarla. Volvió a recorrer sus curvas con parsimonia, deteniéndose en sus perfectas nalgas mientras un pensamiento demasiado erótico estallaba en su interior.

La excitación y el deseo aumentaban, prácticamente creándole un dolor insoportable en su interior. Sacó el teléfono móvil y, tras comprobar que se encontraba en silencio, pulsó el botón de capturar mientras el objetivo señalaba en dirección a Arianna.

—¡Joder! —exclamó, sin poder controlarse, mientras volvía a cerrar la puerta con un resonante portazo.

Ari se despertó de golpe en el mismo instante en el que alguien golpeaba la puerta.

Al abrir los ojos, le costó reconocer su alrededor y tardó unos instantes en recordar que ya no se encontraba en Zúrich. Los golpes secos volvieron a repetirse y se apresuró a responder.

—¿Qué ocurre? —preguntó, elevando la voz.

Jason sonrió al recordar sus labios, sus curvas, sus pechos.

Aún con la respiración agitada, respondió.

—La señorita Rose te está esperando abajo.

Suspiró hondo y se levantó de la cama, mientras maldecía en voz baja por haberse dormido. Seguía sintiéndose cansada y no tenía ganas de ir de compras pero también sabía de buena mano lo importante que era La Noche Dorada para su padre y que, con casi total seguridad, en una sola tarde no encontrarían el vestido apropiado para la gala,



ni siquiera en tres. Si algo las definía cuando Rose y ella se juntaban para ir de compras, era la indecisión.

Echó la ropa del viaje en el cesto de lavar y se disgustó al comprobar la hora en el despertador; no podía hacer esperar mucho más a su hermana, así que decidió vestirse con sencillez, peinarse sutilmente y bajar con rapidez.

Para su sorpresa, Jason esperaba sentado en el pasillo. Arianna no entendía qué hacía allí, así que, consternada, le lanzó una mirada de arriba abajo y arqueó las cejas.

—Rose te está esperando —señaló el chico—, y me ha pedido que te fuera a buscar, así que no quería volver sin ti...

Ella pasó a su lado y echó a caminar escaleras abajo sin molestarse en responder. ¿Por qué se creía en el derecho de tutearla tan a la ligera? ¿Por qué no le mostraba un mínimo de respeto? Por segundos, aquel chico le caía aún peor.

Se subió en el vehículo y sonrió débilmente tanteando a Rose; ¿estaría enfadada? Su hermana, con una sonrisa, señaló su invisible reloj de muñeca.

—Llegas tarde —señaló, fingiendo estar disgustada.

En realidad no estaba enfadada.

Arianna suspiró profundamente, aliviada.

—Me he quedado dormida, el viaje ha sido agotador.

En aquel instante, un desconcertado Jason se subía en el asiento piloto y encendía el motor mientras las instantáneas de Arianna Townsend desnuda, sobre la cama, recorrían su perversa mente.

Durante el trayecto, la conversación prácticamente tan sólo giró en torno a Steve Lowell. Si debía ser sincera, cuanto más le hablaban de él, más deseos sentía de conocerle y ponerle rostro.

Aunque por alguna extraña razón sospechaba que todo aquello era un complot de su padre y Rose para venderle a aquel hombre, no podía evitar que las palabras comenzaran a surtir su efecto. Realmente resultaba tentador, no podía negarlo. Un hombre que venía de una familia de bien, poderoso, adinerado, atractivo y que, además, podría terminar siendo el sucesor de su padre. Arianna lo meditó varios segundos y decidió que, como mínimo, merecía la pena conocerle.

La ciudad, con sus calles ajetreadas y llenas de vida, no tardó demasiado en aparecer tras las ventanillas, mostrándose en su esplendor con el característico brillo que dejaba la lluvia en las aceras tras un buen chaparrón. Jason les dejó en la calle principal y ambas hermanas se bajaron del vehículo mientras el chófer se encargaba de estacionarlo correctamente.

La hilera de escaparates y tiendas salpicaba cada esquina y ambas se miraron con una sonrisa traviesa, sin saber cuál asaltar primero. Al final, Arianna tiró de su hermana para cruzar la calle, decidida a llevar un orden y rodear las dos calles por completo. No podían pasar ninguna por alto.

—¿No deberíamos esperar a Jason? —preguntó Rose, mientras aceleraba el paso tras su hermana para no perderla.

Arianna sonrió con malicia.

—Déjalo, que nos busque.

Rose estuvo tentada, una vez más, de preguntar por qué se comportaba de aquella manera con el chico, pero no dijo nada; lo mejor era no meter las narices donde nadie la llamaba.

Entraron en la tienda y charlaron, mirando de todo un poco, mientras la dependienta atendía a una clienta. Cuando se libró, no tardó en acercarse hasta ellas.

—¿Puedo ayudarlas?

Arianna le explicó con rapidez que estaban buscando dos vestidos de gala, largos, llamativos, espectaculares. La dependienta soltó una risita y, tras rebuscar en la trastienda, comenzó a mostrarles un desfile de vestidos largos de noche.

Si les gustaba uno, se miraban mutuamente y torcían la cabeza hacia un lado (era la manera que tenían de decirse; ¡no está mal!), y si ninguno resultaba de su agrado, no decían nada y permitían a la dependienta continuar con el escaparate.

Rose se probó dos de los que seleccionaron, pero puestos se venían bastante diferentes y al final terminó por descartarlos. Arianna no se probó ninguno; aquella noche quería ser la reina del baile y necesitaba encontrar algo diferente y muy llamativo. Quería brillar y que todas las miradas se centrasen en ella.

Salieron de la tienda para dirigirse a la siguiente y Rose se paró en la calle para inspeccionarla; seguramente, Jason se estaría volviendo loco en busca de las dos hermanas, pero a Arianna no parecía importarle.

—Venga, Rose —tiró de ella.

La siguiente tienda era de una firma italiana que a Ari le encantaba.

Era carísima, pero cada prenda que tenían expuesta era tan exquisita que, cuando entraba, sentía la tentación de llevárselo todo.

Nada más acceder a su interior, sus ojos chocaron con un espectacular vestido dorado que se encontraba expuesto en uno de los maniquís del fondo. Cubría el cuerpo completo del maniquí, pegándose a él, hasta abrirse en una cola de sirena en los pies. Cubierto de lentejuelas brillantes, dejando la espalda al descubierto, parecía ser lo que Arianna tenía en mente.

—No sé... —murmuró Rose, indecisa, mientras examinaba la prenda—, ¿no es demasiado..., dorado?

Arianna negó.

—¡Es perfecto!

Se acercó a la dependienta y le pidió su talla, emocionada. Mientras tanto, Rose continuaba rebuscando, preocupada porque Arianna ya hubiese encontrado el suyo y ella aún no. Le encantaba ir de compras con su hermana, pero debía confesar que en ocasiones Ari podía resultar extremadamente egoísta. Solía ser demasiado indecisa y por esa razón nunca cesaba la búsqueda con rapidez, pero las

raras ocasiones que en las que quedaba satisfecha con la compra, terminaba cansándose demasiado rápido de recorrer las tiendas y aburrida, decidía cesar la tarea.

Jason, que llevaba dando vueltas alrededor de veinte minutos y no era capaz de encontrar a las dos hermanas, comenzaba a temer la furia que desprendería Arianna Townsend si no daba con ellas con rapidez.

Recorría las tiendas, una por una, mientras intentaba recordar si habían especificado en cuál se encontrarían.

Al final, terminó divisando a Rose tras la cristalera de uno de los escaparates al otro lado de la cera. Cruzó la calle corriendo, sin acercarse a ningún paso peatonal, y saludó a Rose con un movimiento de mano mientras entraba en el interior.

—¡Jason! —exclamó ella nada más verle—, ¿te ha costado mucho encontrarnos?

Debía confesar que Rose, a pesar de lo estirada que podía parecer, tampoco era mala muchacha.

—No mucho —mintió, mientras se pasaba la mano por el cabello húmedo.

La chica sonrió ligeramente a modo de respuesta y el chófer supuso que ahí había terminado la conversación.

Se sentó en uno de los taburetes que había al fondo y se quedó allí, pasmado, esperando a que le ordenasen cualquier cosa que hacer.

Cinco minutos después de su llegada, Arianna salió del mostrador dejando al joven sin palabras ni respiración.

—Creo que me lo voy a quedar, Rose —anunció, mientras giraba sobre su propio eje.

Rose la examinó detenidamente.

¡La verdad es que estaba espectacular!

Jason se quedó pasmado, observando la silueta de Arianna girar mientras la cola del vestido bailaba a sus pies. Se quedó petrificado cuando les mostró su espalda al descubierto y la ligera tela de lentejuelas brillantes doradas cayendo sobre su trasero... Recordó, sin poder evitarlo, la fotografía que le había tomado a escondidas aquella tarde. Se llevó en un acto inconsciente la mano al bolsillo para palpar el teléfono, como si de repente éste se hubiese transformado en un bien muy preciado para él.

—La verdad es que te queda genial —confesó Rose, fastidiada.

¡Qué rabia le daba que Arianna hubiese encontrado vestido tan rápido!

Aún así, cabía la esperanza de que “algo” en aquella prenda no terminara de convencerla y decidiera cambiar de nuevo, aunque... ¡Le quedaba realmente genial!

Si llevaba aquel vestido a La Noche Dorada, con total seguridad, ella sería el centro de atención de todas las miradas masculinas (y femeninas) del lugar.

Ari sonrió con satisfacción en el mismo instante en el que se percataba de la presencia de Jason, que se encontraba sentado en una de las butacas del fondo observándola con el gesto descompuesto. Divertida por la reacción del muchacho, caminó con sensualidad hasta él y se inclinó para quedar a su par.

—¿Me queda bien? —preguntó con tono morboso en un susurro.

Jason tragó saliva sin comprender a aquella mujer bipolar. ¿Por qué, de repente, se comportaba de aquella manera?

—Sssí —siseó, sin poder evitar sentirse hechizado.

Los cabellos castaños de Arianna cayeron sobre sus hombros y Jason pudo aspirar el perfume delicado de su champú.

Ella sonrió, segura de sí misma, y se giró hacia Rose que negaba con la cabeza sin poder creer lo que estaba ocurriendo allí... ¡Por fin entendía todo!

—¡Me lo quedo! —sentenció, repleta de felicidad.

Ambas se echaron a reír, cómplices con tan sólo una mirada.

Pasaron las siguientes horas recorriendo las tiendas, pero como bien había predicho Rose, Arianna parecía cansada y quería regresar a casa con rapidez. Según ella, el viaje la había agotado y necesitaba recuperar fuerzas y descansar lo máximo posible.

Rose, que ya se había imaginado que aquello ocurriría, se preguntó con quién demonios iría a por el vestido si su hermana la dejaba tirada con tanta rapidez y decidió que, al día siguiente, llamaría por teléfono a alguna amiga; con Ari no se podía contar.

Cuando regresaban a Castle Combe, la lluvia regresó para empañar los cristales. Viajaban los tres en silencio; Jason atento a las conversaciones que tenían las hermanas, Rose enfurruñada por el egoísmo de Ari y ella..., simplemente, viajaba pensativa. A lo largo de la tarde, Markus le había llamado otras tres veces más y algo en su interior le decía que aquel chico le traería problemas en el futuro si no se libraba de él.

## 8

Markus daba vueltas y más vueltas entre las cuatro paredes de su habitación mientras la ansiedad de su pecho aumentaba por momentos cada vez más.

Desde que Arianna se había marchado, algo en su interior había comenzado a esparcirse como un veneno, abrasando sus pulmones y oprimiendo su estómago; creándole un malestar sin igual.

¿Por qué no podía olvidarla y ya está? ¡Dios, se estaba volviendo loco de remate!

Cerraba los ojos y veía sus curvas, su rostro, su sonrisa de niña traviesa. Podía recrear las noches de pasión en su imaginación sin un ápice de esfuerzo. Arianna sobre él, cabalgando, ordenándole que le apretase los pechos, que la agarrase de las caderas, que la hiciera gritar de placer... Y de repente, abrió los ojos y ella no estaba.

Por mucho que intentase asimilar que se había marchado, no podía. La extrañaba, la deseaba, la adoraba y sabía que el destino había provocado aquella unión entre ambos. No podía ser casualidad, no.

Markus caminó hasta la ventana y la abrió de par en par antes de encender un Lucky Strike y llevárselo a los labios. Aspiró, permitiéndole a la nicotina adentrarse en sus pulmones y expulsó el humo con lentitud, disfrutando de aquel sabor que le raspaba la garganta. Fuera había anochecido y la mayoría de las persianas se encontraban bajadas. Le temblaba la mano y no podía concentrarse mucho, pero se esforzó por relajarse y disfrutar de su cigarrillo.

Tenía que pensar algo, tenía que demostrarle a Arianna que él merecía la pena y una oportunidad. Pero... ¿cómo? ¿Cómo podía recuperar a alguien que ya había perdido?

—¡¡MIERDA!! —gritó, desahogándose y liberando la furia que sentía en su interior.

La rabia crecía y allí metido comenzaba a sentir algo parecido a la claustrofobia.

Se colocó la cazadora de cuero sobre los hombros, aspiró otra bocanada de nicotina del Lucky Strike antes de lanzarlo por la ventana y comenzó a rebuscar en los cajones sin importarle causar cualquier desorden. Cogía papeles y los tiraba sobre la cama y al suelo, hasta que dio con lo que andaba buscando. Después, agarró una mochila del armario y metió cuatro prendas que encontró, sin preocuparse demasiado por cuáles eran.

Salió de la habitación, aún con las extremidades temblorosas, y saludó con la cabeza a su compañero de piso —que aún se encontraba despierto observando un programa de televisión—.

—Me marcho —anunció Markus, justo antes de tirarle un par de billetes sobre el regazo—. Eso es para pagar lo que te debo de alquiler y como pago de la deuda de lo que llevamos de mes, puedes quedarte mis cosas.

—¿Cómo? —murmuró el chico, sin comprender qué era lo que ocurría.

Markus caminó hasta los armarios de la cocina —el salón y la cocina estaban unidos— y rebuscó en ellos hasta dar con los paquetes de galletas.

—Que me marcho y no voy a volver —especificó, mientras introducía las galletas en la mochila—, y que las cosas que dejo aquí, te las puedes quedar si te da la gana.

Su compañero se levantó de un salto, mientras intentaba comprender qué era lo que le ocurría a Markus. ¿Qué se marchaba? ¿A dónde? ¿Y qué se supone que iba a hacer él si le dejaba tirado? No podía marcharse así sin más, no sin antes avisarle o al menos encontrarle otro compañero de piso.

Mientras veía cómo Markus metía comida y paquetes en su mochila, calculó mentalmente si con su sueldo y los billetes que le había entregado podía llegar a pagar el alquiler y llegó a la conclusión de que no, no podía.

—¡No puedes marcharte sin avisar! —exclamó, anonadado.

Poco a poco la consternación comenzaba a dejarle paso a la rabia.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo hasta que encuentre otro compañero de piso?

—Vende mis cosas —murmuró sin prestarle atención, mientras se dirigía a la puerta.

Examinó a Markus sin entender qué era lo que sucedía realmente con él. ¿A qué venía aquello?  
Caminó con rapidez hasta la puerta para interponerse entre la salida y él; no podía marcharse así, sin más, dejándole con toda la papeleta sin resolver.

—Quítate, Joe —amenazó—, tengo que marcharme.

El chico no se movió.

Cruzó los brazos en jarras y, negando lentamente con la cabeza, susurró.

—No puedes dejarme tirado así, sin más. Si te marchas y no puedo pagar me echarán del piso.

Markus suspiró hondo.

—Quítate y sigue con lo tuyo —repitió muy despacio, procurando calmar su tono de voz—. Tengo que ir a buscarla, tengo que marcharme.

Joe no se movió del lugar en el que se encontraba y Markus sintió cómo la ira por haber perdido a Arianna comenzaba atenuarse en su interior, creando un remolino de rabia que amenazaba con explotar.

—No te lo voy a repetir... —susurró en voz baja con los ojos cerrados.

—No vas a marcharte de aquí si no me pagas este mes por adelantado —aclaró Joe con seriedad—, así que repítelo o no lo repitas, no me pienso mover.

Ni siquiera él mismo fue consciente de lo que estaba haciendo hasta que el chico se desplomó en sus pies. Su brazo, con el puño cerrado, había volado hacia el rostro de Joe como con voluntad propia. Cuando los nudillos de su puño golpearon la nariz de su compañero y ésta resonó con un chasquido, haciéndose trizas, Markus sintió una sensación de liberación recorriendo su cuerpo y tuvo la impresión de que el veneno que Arianna había dejado en su interior al marcharse se disipaba levemente.

Apartó a Joe con una leve patada para poder salir del apartamento y cerró la puerta tras él, justo antes de inspeccionar la sangre que manchaba su mano.

Mientras descendía con paso ligero las escaleras hasta el portal, la sensación de liberación se extinguió y la ansiedad volvió a golpearle con todas sus fuerzas. Con nerviosismo, sacó otro cigarrillo del paquete de su bolsillo y aspiró con profundidad,



esperando que aquel humo calmara su desasosiego mientras esperaba la llegada de un taxi.

Sin poder remediarlo, sacó el teléfono de su bolsillo y pulsó el botón de la rellamada. Los tonos se sucedieron uno detrás de otro, sin respuesta, hasta que los pitidos se extinguieron. Observó el nombre de la mujer que amaba impreso en la pantalla mientras dos símbolos aparecían junto a él; “volver a llamar” o “borrar registro”. Inconscientemente, pulsó el botón verde de “volver a llamar” y se pegó el auricular en la oreja.

## 9

Jason estacionó el vehículo junto a la entrada de Manor House y clavó la mirada en la mayor de los Townsend, que esperaba junto a las escaleras con un paraguas en la mano, resguardada de la lluvia. Ciertamente era que aquella chica era la más humilde de la familia, pero también debía admitir que la caracterizaba cierta aura lúgubre que a Jason no le terminaba de gustar.

Nada más apagar el motor, Rose se bajó del vehículo y echó a caminar hacia las escaleras que daban a la puerta sin siquiera molestarse en sacar el paraguas. Tras ignorar a Grace, Jason la vio desaparecer en el interior de la mansión y se giró hacia Arianna, que continuaba sentada en la parte de atrás.

Revisaba el teléfono, concentrada e inmersa en él, con gesto de preocupación latente en su semblante.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió Jason, girándose hacia ella.

Arianna levantó la cabeza hacia el chófer y sus miradas chocaron con electricidad. ¡Dios, qué sensual podía llegar a ser aquel hombre!

—¿Cómo que qué ocurre? —repitió ella, con aire malhumorado—, no pensarás que voy a salir sin que me traigas un paraguas, ¿no?

Jason asintió con rapidez y se bajó del vehículo para rodearlo y abrir el maletero. Tras cargar con la bolsa del vestido y abrir el paraguas, se acercó hasta la puerta y esperó hasta que la mujer salió del coche.

Arianna comenzó a caminar, sin mirarle, en dirección a la entrada de Manor House.

—¡Eh! —gritó Grace, corriendo hacia ellos.

Ella se detuvo en seco y el chófer la imitó.

¿Qué ocurría ahora? Al igual que ella, Grace nunca le dirigía la palabra y pocas eran las ocasiones en las que la situación requería de su contacto.

Con los ojos en blanco en señal de desesperación, se giró a hacia su hermana y bufó.

—¿Y ahora, qué quieres?

Grace, amedrantada por el tono de voz de Arianna, se dirigió hacia Jason y murmuró.

—¿Podrías llevarme mañana a Londres?

El chico asintió de inmediato mientras Arianna contemplaba la escena con el ceño fruncido y un sentimiento, hasta entonces desconocido para ella, aprisionó su pecho.

—¿A qué hora?

Grace dudó unos instantes.

—¿A las doce te vendría bien?

Una gota de agua cayó del paraguas para golpear su pie desnudo, tan sólo cubierto por un fino zapato de vestir.

—¿No ves que me estoy mojando, chófer? —gruñó, rabiosa, apremiándole a caminar—. Y mañana no te puede llevar a ningún lado —señaló con el mismo mal tono de voz, dirigiéndose a Grace—, me tiene que llevar a hacer recados para papá.

La mentira voló a través de sus labios e incluso ella se sorprendió de su mala actitud.

¿Pero qué narices le pasaba? Confusa, echó a caminar hacia el portón, sin esperar a que Jason la cubriera con el paraguas, y desapareció bajo la protección de los cimientos Manor House.

Subió las escaleras a paso ligero y se encerró en su habitación para relajarse, mientras intentaba analizar mentalmente el provenir de su comportamiento.

No soportaba al chófer, no soportaba a Grace, entonces... ¿Qué había ocurrido ahí afuera? Ciertamente era que Jason era un chico muy atractivo y había sido consciente de ello desde el primer instante pero... Sabía de sobra que jamás tendría nada con él y comprendió que, quizás, el asunto podría derivar de aquel punto. Si ella no podía tenerle, entonces Grace tampoco lo tendría.

Se dejó caer sobre el colchón y suspiró, agobiada, mientras escuchaba el teléfono vibrar en el interior de su bolso. Markus, seguro que era él de nuevo.

Comenzaba a agobiarse cuando alguien golpeó tres veces seguidas la puerta de su dormitorio.

—¿Quién es?

—No has cogido tu vestido...

La voz de Jason resonó al otro lado e, inconscientemente, Arianna se tensó mientras se sentaba sobre la cama.

—Pasa.

La puerta se abrió y el chico, vestido con el característico traje negro que habían lucido todos los chóferes de su padre, entró al interior.

—¿Dónde quieres que lo deje? —murmuró, sin poder apartar los ojos de ella.

Al verla allí, en la cama, con el cabello castaño mojado sobre sus hombros, no pudo evitar rememorar la imagen que había capturado aquella tarde con el teléfono. Sintió un cosquilleo electrificante recorrer su columna vertebral mientras su calada blusa transparentaba levemente sus pechos y el sujetador.

—Cuélgalo en el armario —ordenó, con su autoritario tono de voz.

Comenzaba a comprender que Arianna era así; fría, autoritaria y malhumorada.

Pero aún con aquel carácter tan peculiar, algo en ella lograba atraerle como si se tratase de dos imanes de polos opuestos.

La vibración de su teléfono resonó de nuevo mientras inspeccionaba la espalda del chófer, que colocaba el vestido junto al resto de sus prendas en el armario.

Él cerró la puerta y se giró hacia ella, que seguía sentada en la cama.

—¿Algo más? —inquirió, mientras jugueteaba con las manos en los bolsillos, inquieto, sin poder detener el poder que su imaginación ejercía sobre él.

Arianna no pasó por alto su mirada lujuriosa y su respiración entrecortada y sonrió levemente al comprobar que la excitación que el chico sentía era aún mayor a la de ella.

Se inclinó levemente sobre la colcha y, fingiendo agotamiento, suspiró con los ojos cerrados mientras se llevaba las manos al cabello para masajearse la cabeza con sensualidad.

Jason sintió cómo su piel se erizaba ante aquella imagen de Arianna, pero procuró mantener la compostura mientras esperaba una respuesta.

—Nada más —señaló ella en un tono de voz lascivo—, puedes marcharte.

Decepcionado, caminó lentamente procurando no mirar en dirección a la chica y salió al pasillo. Cerró la puerta con lentitud, controlando su imaginación y sus pensamientos, y cuando la madera encajó en el marco, la voz de Arianna resonó desde el otro lado.

—¿Chófer?

El corazón se le aceleró cuando escuchó su voz, delicada y sensual; muy diferente a la que había empleado hasta el momento con él.

Volvió a abrir la puerta levemente y la miró. Continuaba tumbada sobre la cama, con las piernas cruzadas y la falda levemente subida por encima de las rodillas.

—Dime —respondió Jason con un hilillo ronco de voz mientras tragaba saliva y el corazón se le aceleraba.

Ella sonrió, con los ojos cerrados.

—Mañana saldremos a las once —anunció.

Sin poder pronunciar ni una palabra en voz alta, asintió con la cabeza aún siendo consciente de que ella no le miraba.

La vio rozar una pierna contra la otra, sonriente, y Jason decidió abandonar aquel lugar con rapidez si no quería terminar perdiendo aquel empleo.

Se giró y caminó hacia la puerta con nerviosismo.

—¿Chófer? —murmuró Arianna.

¡Por Dios!

Aquella mujer era una bomba sexual explosiva y parecía que lo estaba poniendo a prueba.

Él se giró de nuevo y la examinó. Se había sentado sobre el colchón con las piernas levemente cruzadas y la falda todavía más subida hasta la altura de sus muslos, dejando al descubierto el encaje de las medias.

—Dígame, señorita Townsend —murmuró, contrariado.

Aunque hacía horas que había determinado no dirigirse a ella con la misma educación que al resto de las hermanas, decidió que, en aquel instante, necesitaba guardar las distancias para no perder el control.

Arianna se levantó de la cama, con la mirada clavada en los penetrantes ojos del chico.

—Cierra la puerta, chófer —ordenó con seriedad.

Jason dudó.

¿Qué estaba ocurriendo?

Vio cómo la mujer caminaba dos pasos hacia él y notó cómo su erección, que hasta entonces había procurado mantener a raya, amenazaba con estallar bajo el pantalón.

—¿No me has escuchado? Cierra la puerta... —repitió.

Estiró el brazo, sin girarse, hasta tocar con la mano la puerta y la empujó para que se cerrase tras de sí, sin romper el contacto visual con Arianna.

Ella ensanchó una sonrisa de satisfacción y se paró frente a él.

—Ahora desnúdate —ordenó, segura de sí misma.

Jason tragó saliva, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¿Co..., cómo...?

—Que te desnudes —repitió con voz firme.

¿Pero qué diantres estaba ocurriendo allí?

Soltó el aire de sus pulmones con lentitud mientras intentaba aclarar su cabeza y sus pensamientos. Bajo la atractiva y amenazante mirada de la mujer que tenía enfrente, comenzó a quitarse la americana para después desabrocharse los botones de la camisa, inquieto. ¿Lo estaba poniendo a prueba? ¿Qué era lo que realmente estaba sucediendo allí?

Cuando se encontró desnudo de cintura para arriba, Ari se adelantó otro paso más, minimizando la distancia que separaba sus cuerpos. Se colocó de puntillas para quedar a la altura de sus ojos y, sin tocarle, susurró en su oreja.

—Ahora el pantalón.

Jason liberó el aire que había estado conteniendo en sus pulmones mientras sus músculos se tensaban con firmeza. El simple contacto con su aliento ya había hecho que

todos sus sentidos se electrizaron y sentía que, si continuaba provocándole de aquella manera, la cosa terminaría muy mal.

Desabrochó el botón de su pantalón y dejó que éste cayera a sus pies. Ella desvió la mirada para clavarla en sus bóxers, indicándole con aquel gesto que terminase de desnudarse. Jason, confuso, liberó su erección de la última tela que la aprisionada.

Arianna observó su miembro, grande, varonil y muy, muy duro y sintió cómo su sexo se humedecía ante aquella imagen. La excitación comenzaba a aumentar desmesuradamente y para entonces ya casi se había olvidado de que Jason era uno de los empleados de su padre y no uno de sus juguetes.

Caminó otro paso al frente de manera que sus pechos rozaron el torso de Jason, que excitado, mantenía las manos firmes a los laterales de su cuerpo intentando controlar sus impulsos.

—Ahora desnúdame —ordenó, sin borrar la sonrisa.

Jason sintió que la excitación que sentía alcanzaba el límite soportable mientras, lentamente, separaba las manos de su cuerpo para posarlas sobre Arianna.

Como si se encontrase ante una reina, un diamante o algo realmente preciado, comenzó a desnudarla con parsimonia y delicadeza, sintiendo cómo el dolor de su pene aumentaba, impaciente por hacerla suya y desfogarse.

Arianna disfrutó con el contacto frío de sus manos y se mantuvo inmóvil hasta que se quedó en ropa interior. Después, dispuesta a disfrutar de aquel hombre, caminó hacia atrás hasta que sus piernas tocaron la cama y liberó sus pechos del sostén antes de tumbarse sobre la colcha.

Jason no se atrevía a caminar, ni siquiera a respirar. No era consciente de que contenía el aire de sus pulmones hasta que no lo soportaba más y tenía que liberarlo, con lentitud y confusión.

Ella era..., perfecta. La miró con lujuria sin ser consciente de que aquello no era un sueño, sino la realidad.

—Quítame las bragas y saboréame —murmuró, excitada.

Él tardó varios segundos en reaccionar, mientras Arianna lo observaba morbidez.

Caminó hasta ella con la mirada perdida en sus caderas, sus grandes y perfectos pechos, su cabello castaño, levemente ondulado, y su mirada profunda y sensual. Contempló sus carnosos y gruesos labios cuando ella se pasó la lengua con lentitud

para después morderse el inferior con erotismo y sintió deseos de lanzarse sobre ella, besarla con pasión, agarrarle las caderas y penetrarla salvajemente; pero se contuvo. Si continuaba así, de aquella manera, terminaría estallando sin siquiera empezar.

Se colocó de rodillas sobre la cama y se inclinó sobre ella, justo antes de besar su monte de Venus. Arianna gimió, excitada, mientras todas las preocupaciones de su cabeza desaparecían en un instante y se dejaba totalmente al momento, dispuesta a disfrutarlo.

Jason continuó besándola lentamente hasta llegar a su humedad, que traspasaba la tela de su empapado tanga. Inseguro por primera vez desde hacía años en lo que al sexo se refería, tiró de la tela y la deslizó a través de las largas y firmes piernas de la mujer hasta quitárselas.

—Hazme disfrutar, chófer —exigió, mientras abría lentamente las piernas para concederle acceso a ella.

Jason suspiró inseguro.

Su voz firme, sensual... Todo en ella era una fantasía hecha realidad. ¿De dónde demonios había salido aquella mujer?

Con los ojos cerrados, deslizó un dedo entre sus labios vaginales, acarició levemente su clítoris y continuó hasta el fondo para después introducirlo en ella. Arianna arqueó la espalda, extasiada, y gimió de placer sintiendo cómo metía y sacaba los dedos de su interior.

Jason, embriagado, se inclinó más sobre ella y succionó su hinchado y caliente clítoris mientras continuaba con el anterior juego. Ella gimió, notando el calor ascender más, y más, y más..., la excitación aumentar y el placer alcanzar puntos incontrolables.

Se había encontrado en mil situaciones inapropiadas pero aquella, desde luego, era la más peligrosa e inapropiada de todas; lo que lograba enloquecerla de placer.

Suspiraba de placer mientras observaba los musculosos hombros de Jason y su fornida espalda y notaba como éste continuaba acariciándola, mordiéndola, succionándola hasta que, de pronto, se detuvo. Alzó la mirada hacia ella y comenzó a recluir hacia arriba, besándola, sin dejar de meter y sacar los dedos en su interior.



Se tensó, desorientada y confusa, cuando el hombre que tenía entre sus piernas tomó las riendas de la situación; aquello no le gustaba en absoluto.

Jason llegó hasta su cuello y lo lamió con sensualidad, mientras Arianna se agitaba, intranquila.

—¿Qué haces? —preguntó con desagrado.

Él se separó unos centímetros de ella y la miró con una sonrisa de niño travieso que le partió el corazón.

—Voy a hacerte mía... —ronroneó con la voz ronca y la mirada perdida.

Arianna volvió a agitarse mientras la excitación que sentía desaparecía de un plumazo.

No, no, no, no. Las cosas no funcionaban así, él no podía actuar así.

Intentó zafarse del cuerpo de Jason, pero el peso que ejercía sobre ella no le impedía moverse.

—¡Quítate de encima! —gritó, confusa, en el mismo instante en el que su duro pene se clavaba en su interior.

—No... —respondió él, embistiéndola, sintiendo cómo poco a poco el cuerpo de Arianna cedía al placer que estaba recibiendo y se alzaba para recibir cada estocada que le propinaba.

La confusión y la irritación dejaron paso al placer y, sintiéndose extraña por ceder las riendas, permitió al chófer continuar.

Jason apoyó las manos a cada lado del cuerpo de Arianna y tensó los brazos para poder alzarse y observarla. Ella clavó la mirada en sus pupilas mientras se mordía los labios procurando no gritar, observando cómo los abdominales del hombre que tenía sobre ella se marcaban al ejercer presión en cada golpe seco que le propinaba, partiéndola en dos.

Asfixiada por el placer, alzó las caderas para recibirle mientras rodeaba su cuello con ambos brazos y atraía su boca hasta ella.

Jason la besó con pasión, mordiéndola levemente los hinchados labios y ahogando los gritos en su boca mientras notaba cómo el orgasmo se acercaba a ella y contraía las paredes vaginales aprisionando su pene y volviéndolo loco de placer.

Estallaron en el mismo instante y se quedaron varios segundos en la misma posición; él en su interior, levemente separado del cuerpo de Arianna, y ella aún controlando las convulsiones de su cuerpo mientras lo miraba fijamente con deseo.

Jason se retiró levemente de ella y se tumbó a su lado antes de pasar el brazo por encima de su vientre. Arianna sintió un impulso de retirarse, pero por alguna extraña razón, se quedó inmóvil en aquella posición con la mirada clavada en el techo. No quería muestras de afecto ni cariño, pero con el chófer era diferente y no lograba pararle los pies.

Con el dedo índice, Jason recorrió su vientre con delicadeza hasta alcanzar su ombligo para hundir su dedo en él. Arianna, extrañada, le miró.

—¿Qué haces? —inquirió, con la cabeza ladeada para observarle.

Estaba empapada en sudor y se le había formado un pequeño charco en el agujero de su ombligo.

Él sonrió a modo de respuesta y ella le retiró el brazo con un manotazo.

—¡Es asqueroso! —exclamó, sin entender qué era lo que hacía.

Jason sonrió, se llevó el dedo a la boca y lo saboreó, fingiendo una mueca de placer.

—A mí me encanta —susurró, sin perder la sonrisa.

Arianna le miró varios segundos hasta que, al final, terminó por estallar en carcajadas con una mueca de repugnancia en el semblante.

—No lo es —rió, divertida mientras le golpeaba levemente con el puño el hombro.

Jason la rodeó con el brazo y besó sus labios con delicadeza.

Desde que había conocido a la mediana de los Townsend, era la primera vez que la veía relajarse y sonreír. «Una lástima», pensó, «porque tiene la sonrisa más bonita que he visto jamás».

Arianna se incorporó, sentándose en la cama con un remolino de sentimientos totalmente desconocidos apoderándose de su interior. Revisó el reloj de su mesilla y se sorprendió al comprobar que habían pasado las once de la noche.

Suspiró hondo, con un nudo extraño en el estómago, y desvió la mirada hacia el pelo rojizo del chófer.

—¿Eres inglés? —inquirió con curiosidad.

—Irlandés —corrigió él, sonriente, antes de tirar del cuerpo de la mujer y tumbarla a su lado.

Ella se tensó mientras un pensamiento de intranquilidad surcaba su mente.

No, aquello no estaba bien. ¿Por qué se estaba comportando así?

No sólo había roto una de sus reglas principales —no acostarse con nadie que pudiera suponer un peligro—, sino que, además, estaba comportándose como nunca había hecho y estaba permitiéndole al chófer adquirir confianza con ella.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti? —preguntó él, mientras le propinaba un reguero de besos en el brazo, ascendiendo paulatinamente hasta llegar a su hombro.

Arianna se levantó de un saltó y, tapándose con una bata que cogió del perchero que tenía junto a la puerta, lo miró.

—Tienes que marcharte.

Jason la examinó y sonrió.

Había dicho: “tienes que marcharte”, en lugar de: “márchate ahora mismo”. ¿Dónde habían quedado las órdenes de la ruda y mordaz Townsend?

Arianna abrió la puerta de par en par y señaló el pasillo con una mueca extraña en el rostro. Él la observó, intentando adivinar qué era lo que cruzaba la mente de aquella peculiar mujer pero sin lograr descifrarla.

Se vistió los calzoncillos y, mientras se abotonaba la camisa, Arianna se agachó para recoger el resto de las pertenencias del chico y se las entregó.

—Vístete fuera, por favor, tienes que marcharte.

La confusión era patente en su mirada, aunque el muchacho no terminaba de entender por qué.

Recogió la ropa y salió al pasillo, confuso y extraño, justo antes de que Arianna cerrase la puerta. Se terminó de vestir apresurado, mientras rezaba porque ningún otro empleado lo encontrase de aquella mala manera en mitad de los pasillos de Manor House.

Justo en el instante en el que se disponía a marcharse, le pareció escuchar un llanto provenir desde el interior de la habitación y Jason pegó la oreja a la puerta, esperando escuchar mejor, mientras el sonido se extinguía.

Todavía más confuso que cuando lo había echado del dormitorio, descendió las escaleras y apretó el primer botón del pequeño mando que llevaba en el bolsillo. El vehículo parpadeó, con un pequeño pitido, abriendo las puertas, y Jason corrió hasta él para no mojarse.

La lluvia se había intensificado en Castle Combe y el suelo estaba encharcado. Tiró los calcetines y la americana —que con las prisas había descartado ponerse— en el asiento del copiloto y arrancó el motor para alejarse de allí.

Conducía con la imagen de Arianna en la mente, distraído, cuando una sombra que ascendía ladera arriba hacia Castle Combe captó su atención. Jason recolocó el retrovisor central del vehículo para comprobar si realmente había visto bien y aminoró la marcha mientras contemplaba la silueta, vestida de negro con un choto, caminar hacia la implorante estructura de la mansión que poco a poco se iba alejando de su campo de visión.

Mientras conducía, se preguntó quién podría querer visitar Castle Combe a aquellas tardías horas y ascender la ladera caminando con aquella lluvia, extrañado.

## 10

No había logrado conciliar el sueño en toda la noche.

Arianna amaneció con unas ojeras negras y marcadas bajo los párpados, confusa por los sucesos de la noche antecedente y los sentimientos que éstos habían despertado en su interior. No había podido evitar sentir algo, algo diferente por el chófer. Algo que por mucho que se intentase explicar, no lograba tener sentido.

Se miró en el espejo con desesperación y se preguntó qué demonios podía hacer para disimular aquel mal rostro, sin encontrar respuesta. Se desnudó y se metió en la ducha, permitiendo que el agua fría refrescara sus pensamientos, su piel, su todo.

Después se vistió y se recogió el cabello castaño sobre la nuca, antes de bajar al comedor a desayunar.

—Buenos días, papá —saludó—, mamá.

Viviane, que acababa de sentarse en la mesa, se levantó para acercarse a su hija y abrazarla. Ella le respondió con el mismo gesto cariñoso antes de tomar asiento.

—¿Qué tal se te está dando el regreso? —inquirió Franck, sin levantar la vista del periódico.

Como era costumbre desde hacía años, Franck dedicaba el desayuno a leer la prensa.

Extendía las hojas del diario frente a su rostro mientras tomaba a pequeños sorbos un café solo con muy poco azúcar. Grace hacía bastante tiempo que no se sentaba en las comidas junto a ellos y Rose solía quedarse “cinco minutos más” en la cama.

Así que el desayuno solía ser el pequeño momento que su madre y ella tenían para charlar y ponerse al día de las últimas novedades.

—Bien, papá —respondió sin ánimos, mientras se servía una buena taza de café.

Las conversaciones con su padre nunca habían resultado demasiado fluidas y, además, estaba muerta de sueño.

Franck respondió con algo parecido a un gruñido y retomó la lectura de la prensa.

—¿Y qué vas a hacer hoy, hija? —inquirió Viviane, que había echado muchísimo de menos a Arianna.

Ella lo meditó varios segundos. Tenía que resolver el problema de Markus y de las incesantes llamadas, así que comenzaría su día por cambiar de teléfono móvil y después..., bueno, después ya pensaría en qué dedicar el tiempo.

—Aún no lo sé —murmuró, distraída—, le he pedido a Jason que me lleve a la ciudad.

Se le hizo extraño pronunciar su nombre.

—¿Jason? —repitió Franck, alzando la vista por encima del periódico para escrutar a su hija.

—El chófer nuevo, papá.

Viviane sonrió ante el espíritu protector de su marido, mientras Franck volvía a alzar el periódico y a fingir que no escuchaba la conversación.

—¿Qué tal es? ¿Echaremos de menos a Abraham?

Arianna se encogió de hombros ante el interrogatorio de su madre mientras las imágenes de la noche anterior surcaban su cabeza. Rememoró el instante en el que Jason la había abrazado y acariciado como ningún hombre lo había hecho hasta la fecha.

—Bueno, supongo que necesitará adaptarse —señaló su madre.

—Es un chófer, mamá, como cualquier otro.

En ese instante, Rose tomó asiento junto a su hermana y se unió a la conversación.

—Buenos días —saludó, justo antes de servirse la leche fría en la taza—, ¿habláis del chófer que Arianna tanto odia?

Ari sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

Su padre volvió a retirar el periódico y su madre frunció el ceño, esperando una explicación, mientras ella le propinaba una patada por debajo de la mesa a su metiche hermanita.

—No le odio —corrigió con rapidez—, sólo que me está costando acostumbrarme a que Abraham ya no esté.

Franck asintió, una vez más, satisfecho con la respuesta; aunque Viviane no pareció muy convencida con la explicación de su hija.

Mientras desayunaban, Arianna se esforzó por desviar la conversación a temas tan banales como el tiempo hasta que La Noche Dorada apareció en coalición con Steve Lowell de por medio.

Su padre, atento a cada detalle, abandonó por completo la lectura y se interesó por la opinión que la mediana de sus hijas mostraba sobre el muchacho. Cierto era que Arianna jamás le había visto cara a cara, pero desde que había regresado de Zúrich todas las conversaciones se habían centrado en él y la curiosidad que sentía por conocerle era insaciable; desde luego, Rose y su padre estaban cumpliendo con su adjetivo.

Steve Lowell no solo era un hombre atractivo y educado, sino que, además, era el cuñado perfecto que cualquier suegro con apuros financieros podría desear. Aunque por ahora no debían preocuparse por los números que señalaban las cuentas, Franck era muy consciente de lo costoso que resultaba mantener a flote un lugar como Manor House y todos los empleados que éste precisaba. Steve era su mano derecha, su sucesor en un futuro no muy lejano y, además, esperaba que se convirtiera en su familia.

Franck no era un hombre poco inteligente y había sabido, desde un principio, que el muchacho sentía cierto interés por su hija mediana; lo único que Franck debía conseguir es que aquel interés fuera mutuo y sus vidas marcharían sobre ruedas y sin preocupaciones.

Arianna revisó el reloj y fue consciente de lo tarde que llegaba. La charla se les había alargado tanto que prácticamente se había juntado la hora del desayuno con la del lunch.

Se despidió de todos y se dirigió a su dormitorio para recoger sus pertenencias y su bolso antes de salir. Cuando revisó su teléfono, no se sorprendió en absoluto al comprobar que tenía otras cinco llamadas más de Markus.

Suspiró hondo, desesperada con aquel asunto, antes de bajar al exterior y que el sol la golpease de frente. La lluvia por fin parecía haber menguado y el arcoíris brillaba en lo alto del cielo, prediciendo un día espléndido.

Jason la observó acercarse hasta el vehículo pero no se bajó a recibirla. En realidad, no sabía cómo debía tratarla después de la noche anterior, pero esperaba que por fin las diferencias entre ambos hubiesen quedado resueltas. Ella abrió la puerta trasera, se acomodó en el asiento de cuero y bajó la ventanilla para permitir que el aire corriera en el interior.

—¿Nos vamos? —preguntó, al ver que Jason no ponía en marcha el motor.

Él miró a través del retrovisor central y sonrió.

—¿Has dormido bien? —inquirió.

Arianna meditó varios segundos la respuesta mientras los sentimientos chocaban en su interior.

Por mucho que desease responderle con amabilidad, tenía que mantener a raya la distancia y la única manera de hacerlo era la descortesía.

—¿Podemos marcharnos? —repitió con un suspiro—, tengo prisa.

Jason le devolvió el suspiro mientras intentaba comprender la bipolaridad de la chica que viajaba con él. ¿Por qué se comportaba de aquella manera?

Dispuesto a no complacerla del todo, accionó el motor y la primera marcha; el vehículo comenzó a deslizarse a unos quince kilómetros por hora, con lentitud, mientras cruzaban los jardines de Manor House.

Arianna, con la mirada perdida en el exterior, se preguntaba si aquella velocidad era normal o simplemente el chófer había decidido tomarla el pelo. Decidió contar de veinte hacia atrás para no perder los nervios y, cuando terminó, repitió.

—Chófer, tengo prisa.

Aunque no había utilizado el imperativo, era una orden directa.

El chico sonrió, satisfecho, antes de pulsar el pedal del acelerador para salir escopetado con el sonido de las ruedas derraparon con un chillido ensordecedor. No fue consciente de lo mucho que se había asustado Arianna hasta que sus gritos inundaron el vehículo, nada más alcanzar la bajada de la colina que separaba Manor House del pueblo.

—¡Frena! ¡Jason, para!

Jason clavó el freno, deteniendo en el acto el vehículo y preguntándose si se había pasado de la raya con la broma.



Esperó que la furia de la mediana de las Townsend cayera como un jarro de agua fría sobre él, pero en lugar de ello, escuchó un portazo y divisó a Arianna corriendo cuesta arriba a través del espejo.

Aún confuso con la situación, abandonó el coche y echó a correr tras ella mientras la llamaba a voces.

—¡Espera! ¡Arianna, espera!

Ella se paró en seco y se quedó plantada en mitad de la carretera mientras observaba, consternada, los arbustos que separaban la carretera de la maleza salvaje que se extendía en las campas.

—No puede ser... —susurró, sin apartar la vista.

—¿Qué ocurre?

El contacto de la mano de Jason sobre su brazo la devolvió a la realidad y se giró, asustada.

—¿Has visto a alguien ahí? —preguntó, señalando los arbustos.

Él dudó; había estado entretenido desquiciando a Arianna con el acelerón, pero no le había parecido ver a nadie en los alrededores.

Negó con la cabeza mientras se preguntaba qué era lo que la chica habría visto para asustarse tanto.

—¿A quién se supone que debería haber visto?

Arianna caminó dos pasos al frente, acercándose a los arbustos, mientras Jason inspeccionaba las campas que tenían a su alrededor con la mirada.

Era imposible que alguien se hubiera escondido en aquellos zarzales; fuera lo que fuese lo que había visto, una cosa era evidente, no era una persona.

Al final, negó con la cabeza y retrocedió el camino hacia el vehículo con Jason pisándole los talones.

—¡Eh! —la llamó, contrariado—. ¿Se puede saber qué narices pasa contigo? ¡Te he hecho una pregunta!

Ella se giró sobre sí misma.

—No te interesa mi vida y no tengo que responder ninguna de tus preguntas —señaló con desdén.

Jason caminó dos pasos al frente con lentitud, acortando la distancia que les separaba.

—Ayer no parecías opinar lo mismo —atacó, furioso.

Arianna sonrió con ironía y malicia.

—Ayer no pasó nada, puedes contárselo a quien tú quieras que lo negaré, chófer —murmuró con voz calmada y lenta para que las palabras calasen hondo en él—, nadie te creería.

—No quiero contárselo a nadie —señaló, con los brazos en alto, desesperada—, solo quiero conocerte. Entenderte.

Caminó un par de pasos más hasta ella con lentitud hasta que sus cuerpos quedaron separados por tan sólo unos centímetros.

Arianna sintió la electrizante corriente que emanaba el chico que tenía delante, mientras un escalofrío recorría su columna y erizaba su piel. Jason alzó la mano y la posó sobre la mejilla de ella, temiendo que se apartase.

—Esto no es buena idea —murmuró en voz alta, aunque para sí misma.

Aún así, no se movió un solo milímetro. Se quedó paralizada, hechizada por el contacto de su piel.

—¿Por qué no?

Ari se repitió la pregunta mentalmente: “¿por qué no? Se le ocurrían mil razones; porque no pertenecían a una misma clase, porque su padre jamás lo aprobaría, porque nunca se había permitido romper las reglas de aquella manera, porque él la hacía sentir algo, porque sentía una atracción irremediable pero..., sobre todo, porque sabía que aquel asunto no terminaría bien y en aquellos instantes, después de todos los sucesos que habían tenido lugar con Markus, no podía arriesgarse más.

—No voy a decirle nada a nadie, Arianna —susurró en su oreja, pegándose más aún a ella—, y no te estoy pidiendo que te cases conmigo. Sólo quiero conocerte.

Sintió la respiración ronca y el aliento caliente de Jason en su cuello. Le temblaban las piernas y un extraño sentimiento recorría su vientre. Era agradable y desagradable a su vez, irremediable.

—No saldrá bien... —dijo, sin convicción.

Cerró los ojos esperando el beso de Jason y cuando notó sus húmedos y cálidos labios presionándose suavemente contra los suyos, sintió que se desvanecía.

Él rodeó su cintura y la atrajo aún más, mientras su lengua se abría paso e inspeccionaba su boca, ardiente, caliente, sensual. Dejó caer la mano con la que había acariciado su rostro hasta la altura de su cadera y poco a poco fue descendiendo con sus curvas mientras ella, dejada al momento, lo besaba con pasión.

Escucharon el sonido del motor de un vehículo y ambos se separaron, confusos, de un salto. Se quedaron mirándose fijamente mientras, fuera quien fuese, ascendía carretera arriba hasta perderse de su vista.

—¿Qué recados te ha pedido tu padre?

Arianna controló su respiración, agitada, antes de responder.

—¿Cómo?

—¿Qué recados tienes que hacer? —repitió, mientras tiraba de su brazo y echaba a caminar de vuelta hacia el vehículo—. Quiero llevarte a un sitio.

Arianna se detuvo en seco y al final, sonriente, asintió. El problema ya estaba presente, ¿por qué no acentuarlo?

Podía ver, a través del retrovisor, la sonrisa de satisfacción que lucía Jason mientras el vehículo avanzaba a gran velocidad por la autopista.

Confusa por su comportamiento y por la poca fuerza de voluntad que estaba demostrando tener, abrió la ventanilla esperando que el aire fresco la espabilase.

Notó, de pronto, la vibración del teléfono móvil en su bolso y lo sacó mientras la sensación de mariposas desaparecía para dejar paso a la ansiedad. El nombre de Markus iluminó la pantalla y, decidida a terminar con aquella absurda decisión, sacó la mano por la ventanilla con el teléfono aprisionado en el interior de su puño.

Esperó a que los vehículos que se encontraban a su alrededor se disipasen, por si acaso, y después lo soltó. Giró levemente la cabeza para observar cómo el aparato se partía en dos y saltaba por los aires contra el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó el chico, que no tenía muy claro lo que acababa de ver.

Arianna asintió.

—Muy bien.

Estaría incomunicada con la sociedad, pero al menos, no volvería a tener noticias de aquel chico. Inconscientemente, sonrió y se dejó hundir en el asiento, sintiéndose liberada por primera vez desde hacía muchísimo tiempo.

Veinte minutos después, Jason aparcaba el vehículo en un terraplén levantando una buena capa de polvo y arenilla. Arianna desvió la mirada hacia su alrededor para examinar el lugar en el que se encontraba, pero no fue capaz de reconocerlo.

Al final, confusa, se bajó del coche y se quedó allí pasmada, contemplando los pabellones que rodeaban el parking de arenilla, hasta que Jason salió del asiento del piloto con un manojito de llaves sujeto en la mano.

Se acercó hasta ella con una sonrisa traviesa grabada en los labios y tocó su mano con delicadeza.

—Venga, vamos.

Arianna se tensó con el contacto de su piel. No entendía por qué Jason era capaz de causar aquel efecto en ella, pero lograba erizar el vello de su cuerpo con tan sólo un simple roce o una caricia.

Él echó a caminar hacia una verja metálica y Arianna le siguió de cerca. Se detuvo para quitar un candado, abrió la puerta y se introdujeron en el interior. Todo estaba en absoluta calma, como si aquel lugar se encontrase desierto desde hacía mucho tiempo.

—¿A dónde vamos? —inquirió ella, descolocada.

Él sonrió.

—Ahora lo verás.

Jason rodeó su cintura y acercó los labios a su oreja.

—Estoy seguro de que te encantará.

Era evidente que estaba disfrutando muchísimo con aquel jueguito y que, además, intentaba sorprenderla.

Caminaron a paso ligero hasta adentrarse entre los pabellones cuando el sonido de una puerta cerrándose de golpe los alarmó.

El chico se giró para observar qué era lo que ocurría y unos segundos después un hombre robusto, de unos cincuenta años de edad, aparecía en mitad del camino tras abandonar uno de los edificios.

—¡Poul! —saludó el chófer, levantando la mano en gesto conciliador.

El hombre le devolvió el gesto.

—¡Jason! —gritó, mientras se giraba para alejarse en dirección contraria a ellos.

Arianna no supo muy bien qué era lo que hacían en aquel lugar, pero no le gustaba nada en absoluto. En realidad, ¿qué era lo que estaba haciendo? ¿Pasearse por ahí con su chófer? ¿Y si alguien la veía? ¿Y si alguien la reconocía como la hija del candidato a vicepresidente?

Entonces..., ¿qué pensarían de ella? ¿En qué problemas se podía llegar a meter?

Sus pensamientos se disiparon cuando Jason tiró de ella y se acercaron hasta una puerta metálica. Él sacó las llaves y procedió a su apertura, mientras le contaba quién era el hombre que acababan de ver.

—Poul se dedica a cuidar de los pabellones y que nadie pueda entrar a robar.

—¿A robar? —repetía Ari, mientras la puerta cedía a un golpe seco de Jason y una nube de polvo se levantaba frente a ellos.

—Sí —afirmó—, muchas empresas contratan el alquiler de estos trastos y luego los usan como almacenes.

—¿Y nosotros qué hacemos aquí, Jason?

El muchacho se adentró en el pabellón y Arianna le siguió, a oscuras, agarrada de su mano. La poca luminiscencia que se colaba en aquel lugar provenía de la apertura de la puerta, nada más. Jason soltó su mano y le pidió que esperase unos segundos ahí, justo antes de alejarse de ella.

Ari, cada vez más arrepentida de encontrarse en aquel lugar, esperó varios minutos mientras escuchaba algún que otro chasquido a su alrededor hasta que, de pronto, las luces se iluminaron descubriendo la estancia que tenían delante.

—Esto es... —susurró, extrañada, mientras caminaba al frente para contemplarlo mejor.

Jason sonrió.

—Es un cine —especificó—, era de mi padre.

El chico tiró de las sabanas que cubrían las butacas y dejó al descubierto el pelaje rojizo de cada una de ellas.

Arianna caminó al frente y acarició el respaldo de una de ellas antes de sentarse, impresionada.

—¿Por qué tu padre tenía un cine en un pabellón?

Él dudó varios segundos, sin saber muy bien cómo explicarse.

—Pertenece a una sociedad de cinéfilos —resumió, sonriente, antes de perder en el cuartucho que había tras las butacas.

Ari se giró y le vio trasteando entre los muebles a través de la pequeña cristalería que tenía tras ella. Aún se preguntaba qué clase de persona podría armar un cine en un pabellón cuando, de pronto, las luces se apagaron y la pantalla se iluminó.

Jason salió del cuartucho y se sentó a su lado mientras el cine mudo y en blanco y negro de Charles Chaplin conquistaba la pantalla. Arianna no pudo evitar una carcajada y pensó que, después de todo, había merecido la pena acudir.

—¿Traes a todos tus ligues aquí?

Nada más preguntarlo, se arrepintió. Otra de sus normas; nada de preguntas que requiriesen sentimientos de por medio.

El chófer negó, poco convencido.

—Dime la verdad —insistió ella, divertida con su reacción.

—Cuando era más joven sí —confesó, un poco avergonzado—, pero desde que mi padre murió no había vuelto a este lugar.

Arianna tragó saliva mientras se repetía a sí misma “¡¡nada de preguntas que requieran sentimientos de por medio!!”.

—Lo siento —musitó en voz baja, sin saber qué decir.

—No lo sientas, no fue culpa de nadie.

Ella guardó silencio, sin querer ahondar más en el tema, y ambos clavaron la mirada en la pantalla. Jason estiró el brazo para tocar su pierna con la mano. Acarició lentamente su rodilla mientras un cosquilleo ascendía por el vientre de Ari, que electrizada, se giró para observarle.

—¿Qué estás haciendo, Jason? —murmuró, mientras el chico ascendía lentamente la mano hasta alcanzar su muslo.

Sintió cómo, en pocos instantes, su cuerpo reaccionaba totalmente a él, dispuesto a entregarse al placer que sabía que le proporcionaría. Se acercó, lentamente, para poder besar sus labios mientras la respiración se le cortaba.

¿Cómo podía Jason crear todos aquellos sentimientos en ella? ¿Cómo podía despertar aquellas sensaciones tan primarias, salvajes y excitantes?

Él hundió su lengua, buscándola, saboreándola, mientras continuaba ascendiendo la mano con lentitud hasta alcanzar su ingle. Arianna se apartó de él, se levantó del asiento y se colocó sobre su regazo, antes de rodear con los brazos su cuello y lanzarse a su boca. La pasión se intensificó con rapidez, mientras el caliente beso los fundía en uno sólo.

Jason agarró su falda y tiró de ella para arremolinársela en la cintura y Arianna se mordió el labio con sensualidad, deseando que aquel juego no alcanzase final. Las manos inquietas del chico continuaron moviéndose con rapidez, demostrándose tan deseoso como ella, desabrochándole la camisa.

Arianna suspiró roncamente en su oreja y lamió su cuello con pasión hasta que él terminó de quitarle la camisa. Se levantó, con las piernas temblorosas, y descendió la cremallera de la falda con lentitud para dejarla caer a sus pies. Sentía el morbo aumentar por segundos, pero aún así se controló y contuvo cada movimiento que realizaba, provocándole a Jason con la espera. De pie en la fila de butacas, tan sólo vestida con las medias, el tanga y el sujetador, sonrió. Sonrió con una sonrisa tan inocente y traviesa que Jason pensó que aquella mujer era capaz de hacerle perder completamente la cabeza.

Comenzó a balancear sus caderas con suavidad, como si se encontrase bailando alguna música que tan sólo ella era capaz de escuchar, mientras poco a poco se quitaba las medias de color bronceado. Repitió el mismo proceso con el sujetador, liberando sus perfectos y grandes pechos y procedió a deshacerse del tanga. Jason miró con ansia sus rosados e hinchados pezones, deseando lanzarse a por ellos.

Arianna le pidió al muchacho tembloroso que tenía en frente que se levantase de la butaca en el mismo instante en el que el film alcanzaba su final, dejando tan sólo la luz grisácea del reproductor iluminándoles levemente. Él obedeció, hechizado por su

encanto, y se acercó hasta ella. Posó las manos en su cintura y las fue elevando hasta alcanzar sus pechos.

Ella volvió a lanzarse a sus labios, dispuesta a comerle la boca y a disfrutar del momento. Sintió la erección de Jason en su vientre, aprisionada bajo el pantalón, y decidió liberarla.

Cuando se encontraron desnudos, la electricidad que mágicamente se formaba entre ambos aumentó, creando un vínculo pasional entre los dos cuerpos que se deseaban y se buscaban.

Ari se sentó con sensualidad sobre el pelaje rojizo de una de las butacas y abrió las piernas provocándole. Él, en cambio, se arrodilló en el suelo, entre sus rodillas, y fue subiéndolo con un reguero de besos a través de sus piernas y su vientre hasta atrapar un pezón en su boca. Lo succionó, lo mordió, lo lamió y lo besó mientras los primeros gemidos de Arianna le alcanzaban y se arqueaba de placer sobre la butaca.

Jason introdujo las manos bajo sus nalgas y tiró de ella para acercar su cuerpo al borde del sillón, dejando así su sexo expuesto y dispuesto ante él. Separó sus labios vaginales con lentitud antes de saborearla y dar con su hinchado y caliente clítoris. Los gritos de Arianna, mientras él la lamía, la chupaba y la acariciaba llegaron a sus oídos enloqueciéndole y obligándole a aumentar más y más el ritmo.

Sin apartar su lengua de su húmedo sexo, Jason ascendió la mano y la llevó hasta uno de sus pechos. Primero lo acarició con suavidad, pero cuando notó las convulsiones que Arianna sufría bajo él lo apretó con fuerza, deslizando sus dedos hasta el pezón para pellizcárselo, excitado.

Levantó la mirada y contempló cómo la agitada chica se mordía el labio fuera de control. Jason, que sentía que de un instante a otro estallaría de placer, se apartó unos centímetros de ella y murmuró.

—Date la vuelta, ponte de rodillas en la butaca, de espaldas a mí.

Incluso él se sorprendió ante su atrevimiento, pues solía ser ella la encargada de dar las ordenes en la vida real.

Ella, muda, lo contempló mientras su cabeza daba vueltas y más vueltas a mil pensamientos: “yo soy quien da las órdenes”, “yo soy la que elige cómo quiero que me hagan disfrutar”, “yo soy la que mando”. Pero tan sólo se quedaron en pensamientos, porque con Jason era diferente, porque con él no podía protestar, ni mandar, ni siquiera



ser ella misma. Porque cuando estaba su lado dejaba de ser Arianna Townsend para ser una simple chica que se rendía a los encantos del sexy irlandés que tenía delante.

—Date la vuelta, ponte de espaldas —repitió él, acariciándole el sexo con la mano mientras Ari se arqueaba de placer—, y deja que te haga disfrutar.

Con lentitud, obedeció.

Mientras se giraba sobre la butaca para colocarse de rodillas, de espaldas a él, ofreciéndose, no pudo evitar sentir que había perdido cierta parte de su identidad; cosa que en cierto sentido, le agradaba.

Jason contempló su perfecta figura y la columna vertebral que se marcaba al arquear la espalda para ofrecerle su trasero. Su piel ligeramente bronceada, sus nalgas ante él, su cabello castaño deslizándose por sus hombros como el agua de una cascada. Se levantó del suelo, acarició su espalda y se tumbó levemente sobre ella para poder besar sus hombros. No la penetró porque antes quería hacerla enloquecer y suplicar, pero deslizó su pene por su sexo, por su clítoris, hasta que la escuchó gemir de placer mientras los besos en su espalda continuaban. Besos sus nalgas y después las acarició... Arianna era tan perfecta, tan única...

¡Dios, cómo podía volverle tan loco!

Fue consciente de las ansias que ella sentía porque la hiciera suya, pero continuó frotándose contra él deseando escucharla suplicar hasta que su voz ronca y alterada resonó en la silenciosa habitación.

—Jason, por favor...

No necesitó una segunda suplica para clavarse en ella de una estocada.

Ari se agarró al respaldo de la silla mientras sentía las embestidas de Jason y el calor que sentía ascendía. Cada vez que la penetraba, sentía cómo un alivio repentino recorría su vientre y cómo necesitaba más, y más, y más...

Jason se tumbó ligeramente sobre ella y, manteniendo el ritmo, rodeó con su brazo la cadera de Ari para poder alcanzar su sexo, su clítoris, su humedad, y acariciarla.

—¡Oh, Jason, por favor!

Su voz ronca le obligaba a enloquecer de placer y sabía que, de un momento a otro, alcanzaría el orgasmo. Aumentó las caricias en círculos sobre su clítoris mientras aceleraba el ritmo más, y más...

Arianna sentía la pasión, el ardor y la excitación en su interior como nunca antes lo había sentido...

—Jason... —ronroneó—, Jason...

Escuchar su nombre en los labios de aquella mujer terminó de hacerle perder la cabeza. Aumentó la fuerza de las estocadas, partiéndola en dos, hasta que sintió cómo el orgasmo atravesaba su cuerpo y pocos segundos más el de ella, que se retorció entre convulsiones de placer bajo sus músculos y sus brazos.

## 11

Después de hacer el amor, habían pasado el rato observando la pantalla, abrazados el uno al otro mientras las imágenes se sucedían una detrás de otra. Se habían dedicado unos instantes tiernos, pasionales y únicos; unos instantes que ninguno de los dos olvidaría.

Pero en el momento en el que regresaron al vehículo y, poco después, a Manor House, todo se esfumó. Todas las caricias, las buenas palabras, los buenos momentos. Todo había desaparecido de un plumazo y Jason no entendía por qué.

Arianna se lavó el rostro bajo el agua del lavabo, preguntándose a sí misma qué demonios estaba sucediendo con ella. Pensaba en Jason y las ganas de echarse a llorar o a reír descontroladamente aparecían por igual y comenzaba a creer que estaba perdiendo la razón y el juicio. Intentaba explicarse qué era lo que realmente le estaba sucediendo, pero no entendía nada. Ni siquiera era capaz de reconocerse en sus actos.

Suspiró hondo y se tumbó en la cama; eran las once de la mañana y su familia se había reunido en el comedor para el lunch y para tratar las últimas preparaciones de La Noche Dorada, pero ella no tenía ganas de hacer nada. Necesitaba aclararse y necesitaba tomar decisiones, porque desde el encuentro que había pasado con Jason en la sala de cine su mente parecía una coctelera y no lograba filtrar lo que era correcto de lo que no. Además, desde hacia varios días llevaba evitando cruzarse con el chófer y, las ocasiones en las que no había logrado esquivarle, habían resultado demasiado incómodas para ambos.

Tenía que solucionar aquello cuanto antes pero... ¿cómo sacar aquella sonrisa de su cabeza? ¿Aquellos reflejos pelirrojos o aquellas motas verdes que lucían sus ojos? No lograba dejar de pensar en él, por mucho que lo intentase; y por desgracia aquello suponía un grave problema.

Comenzó a llorar, disgustada, en el instante en el que comprendió que se estaba enamorando de Jason. Quizás, incluso, ya se había enamorado del todo. Ni siquiera lograba entender cómo había sido posible enamorarse de un completo y total desconocido; ¿cómo había perdido la cabeza tanto? ¿Por qué sentía que, en el fondo, se conocían?

Arianna no era estúpida y sabía que aquello no podía ser, que debía evitarlo. Pero el dolor que sentía en su interior cada vez que pensaba en poner fin a todo era demasiado intenso y desgarrador, demasiado real.

No dejaba de preguntárselo... ¿Por qué de todos los hombres que habían pasado por su vida, había tenido que ser Jason el encargado de alborotar sus pensamientos?

Aún con el asunto rondándole en la cabeza, se levantó para cerrar las cortinas y regresar a la cama. Se tumbó, se metió dentro de la sábana y cerró los ojos mientras las

lágrimas se deslizaban por sus mejillas. No había escogido enamorarse de él, pero lo había hecho. Se había enamorado de un chófer.

Después de todo, sabía que su padre tenía las miras puestas en Steve Lowell y que, por alguna razón, se había propuesto emparejarla con él. Steve Lowell encajaba dentro del prototipo perfecto de hombre para su padre, Jason no.

Jason no, Jason no, Jason no.

Se estaba volviendo loca y no dejaba de repetirse las mismas palabras una y otra vez, de recrear los momentos que había vivido a su lado y, además, de barajar todas las posibles hipótesis sobre su futuro. Arianna sabía que, en cualquiera de las alternativas posibles, jamás estarían juntos. De ahí en adelante, cada instante que compartiesen tan sólo serviría para potenciar la llama que había surgido entre ellos, una llama destinada a ahogarse y a morir.

Se levantó de la cama y, reprochándose su repentina debilidad, decidió actuar de la mejor manera posible y tomar las decisiones que más le convenían a la familia.

Los días comenzaban a extinguirse uno detrás de otro y Jason no dejaba de preguntarse qué era lo que había hecho o causado aquel distanciamiento. Sabía que el hecho de no coincidir con Arianna no era sólo mera casualidad; se estaba esforzando por esquivarle y no coincidir con él.

El último encuentro que habían tenido había sido perfecto, lo que le descolocaba todavía más. ¿Qué podía haber hecho o dicho para provocar aquello?

Aún así, a pesar de todo, Jason había estado convencido de que por mucho que ella procurase esquivarle, tarde o temprano tendrían que verse cara a cara y entonces todos los sentimientos enterrados resurgirían. O al menos, eso había creído hasta el instante en el que Franck Townsend lo había llamado a su despacho para reunirse con él.

Mientras caminaba, bajo la lluvia, hacia el lugar de encuentro, Jason no dejaba de repetirse que aquella repentina reunión no tenía nada que ver con Arianna.

¿O quizás...?

No sólo no podía perder aquel trabajo si no que, además, no quería alejarse de ella. No quería marcharse de Manor House.

Golpeó la madera de la puerta con los nudillos, tembloroso por lo que iba a suceder allí. La voz grave de Franck Townsend le indicó que pasase al interior de la estancia y Jason obedeció.

Tan sólo había estado allí en una ocasión, el instante en el que Franck había decidido contratarle para desempeñar la labor de chófer y, desde entonces, jamás había vuelto ni le había llamado nadie la atención.

Franck le saludó y, con un silencioso gesto con la mano, le indicó que tomase asiento allí mismo. El joven se sentó frente a él, al otro lado del escritorio, mientras tanteaba la mirada entre todo el papeleo que yacía sobre la mesa del señor Townsend. Veía diferente correspondencia, el ordenador encendido y un puro que aún desprendía humo sobre el cenicero; pero por ninguna parte parecía haber un cese de contrato.

El señor Townsend cogió el puro del cenicero y se levantó con parsimonia, esperando algo que Jason no fue capaz de identificar.

Al final, su jefe rompió el silencio.

—¿Qué tal te encuentras aquí, Jason?

Le sorprendió que conociera su nombre, ya que eran demasiados los empleados que trabajaban en Manor House y, la anterior vez, simplemente se había dirigido a él con un “muchacho”.

Jason asintió efusivamente.

—Estupendamente, señor.

Franck caminó dos pasos más y después volvió a sentarse en la imponente silla negra de cuero.

—Estupendamente... —repitió, arrastrando las sílabas—, ya veo.

Jason carraspeó y tragó saliva.

—¿Hay algún problema, señor?

Sentía el corazón desbocado latir fuertemente dentro de su pecho y un mal presentimiento comenzaba a formarse en su interior.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

—No lo sé, Jason. ¿Hay algún problema?

Escuchar su nombre abandonar aquellos labios le provocó verdadero pavor.

Recordó, mientras observaba cómo su jefe disfrutaba del puro delante de él, los consejos que Lucy le había dado la noche antes de su primer día laboral.

Ella estaba tumbada en la cama, completamente desnuda después de hacer el amor, y él se vestía con rapidez para marcharse de allí.

—¡Espera! —le había pedido, incorporándose—. No te marches aún...

Prácticamente había resultado una súplica, pero Jason tenía prisa.

Quería descansar lo máximo posible y estar presentable en su primer día de trabajo. Además, Lucy ya le había dado todo lo que él necesitaba y no tenía sentido continuar en aquella estancia.

—Tengo que irme, mañana me espera un día complicado —señaló.

Sabía que Lucy era plenamente consciente de ello, pero aún así aprovechó la excusa.

—¿Quieres un consejo? —soltó a bocajarro en el mismo instante en el que Jason se preparaba para salir por la puerta.

Él se giró, sonrió y asintió.

—¡Dispara!

—Pasa desapercibido —respondió con seguridad—. Franck Townsend no despedirá jamás a un empleado que no conoce.

Su jefe carraspeó, obligándole a Jason a centrar su atención en él y a regresar a la conversación que estaban manteniendo.

—No, señor —musitó al final, contrariado.

Era evidente que algo sabía, pero no lograba intuir qué.

Si Arianna le había contado a su padre lo que había sucedido entre ellos, ¿por qué Franck se estaba demorando tanto en despedirle?

—Bien, así me gusta —sentenció finalmente, mientras aplastaba el puro contra el cenicero—, que todo vaya sobre ruedas.

El chico no pasó por alto el tono irónico de su voz, aunque tampoco supo cómo interpretarlo.

—El otro día —continuó Franck, sin dejar opción a que le respondiera—, mi hija comentó que el proceso de adaptación te estaba resultando algo complicado. ¿Es cierto?

—¿Su hija?

—Mi hija —repitió con tono serio—, Arianna.

—No sé a qué se refiere —respondió, inquieto.

—Bueno, sea como sea, te debo recordar que se te contrató como chófer personal y tu prioridad, Jason, es que Arianna se sienta conforme y satisfecha con tus servicios. ¿Entiendes eso?

Jason asintió efusivamente mientras su preocupación aumentaba.

—Si no fuera el caso, si mi hija se encontrase a disgusto, me vería obligado a cambiar de chófer. ¿Lo entiendes?

Él volvió a asentir, desubicado.

—¿Entiendes lo que eso significa? —repitió por tercera vez.

—Sí, señor —respondió Jason con un hilillo de voz.

—No me gusta el papeleo, ni las entrevistas... —murmuró, distraído, mientras revisaba su agenda—. No me gustan nada los cambios, Jason. Así que, de aquí en adelante, preocúpate un poco más por satisfacer las necesidades de mi familia y yo me encargaré de que todo siga como está.

Franck se levantó con aires distraídos y caminó hasta la puerta, después la abrió de par en par, invitándole a Jason a abandonar aquel lugar.

El muchacho, aún confuso por aquella conversación y sin terminar de comprender las amenazas implícitas que habían tenido lugar, se levantó de la silla y caminó hasta la puerta.

—Que tengas un buen día, Jason —se despidió secamente—, y no te olvides de que, en La Noche Dorada, serán necesarios tus servicios.

El joven asintió solemnemente, agradecido por mantener su puesto, en el instante en el que Franck Townsend cerraba la puerta del despacho con un golpe sonoro.

## 12

Jason se abrochó la americana del traje y cruzó los brazos, contemplando impactado el espectáculo que estaba teniendo lugar en Manor House.

Los invitados llegaban uno detrás de otro, dejando sus vehículos en cualquier lugar abandonado y entregándole a Jason las llaves para que se ocupase de todo después. Tanto él como otro muchacho que habían contratado para la faena, debían encargarse de mantener despejada de vehículos la entrada.

Jason procuraba concentrarse en la tarea y recogía, profesionalmente, los datos y las llaves de cada persona que iba entrando en Manor House, pero era imposible que su concentración estuviese cien por cien dirigida a ello.

Rose, Grace, e incluso, Viviane, habían pasado al interior del salón-comedor vestidas con sus deslumbrantes vestidos de gala y Jason las había saludado con entusiasmo al pensar que, quizás, Arianna pudiera acompañarlas. Pero no había sido así y sus ansias por volver a verla comenzaban a pasarle factura.

Había sido imposible coincidir con ella en toda la semana, aunque la fotografía que había tomado el primer día le había quitado el sueño en más de una ocasión.

Stewart, el chico que habían contratado para la tarea, se acercó hasta él para entregarle las llaves de un impresionante Mercedes que acababa de estacionar. Jason las iba colocando en una cajetilla que el señor Townsend les había proporcionado cuando algo extraño captó su atención. Había visto, sin lugar a dudas, un par de ojos en la oscuridad del jardín que parecían encontrarse escondidos entre la maleza.



Dejando de lado momentáneamente sus quehaceres, se acercó hasta los arbustos mientras otro vehículo llegaba a la mansión. Revisó superficialmente que Stewart se estuviese encargando de las tareas sin ayuda, antes de adentrarse en los jardines en busca de los dos ojos que había contemplado en la oscuridad. Allí no parecía haber nadie, pero...

¿Acaso se lo había imaginado?

Stewart, con nerviosismo, soltó un grito para captar la atención de su compañero que, asustado aún por la conversación que había mantenido días atrás con su jefe, salió corriendo para continuar la labor, olvidándose de aquella imagen. Estaba atendiendo a un recién llegado y no sabía dónde debía anotar los datos del susodicho, así que Jason decidió olvidar la mala jugada que le había pasado su imaginación y le relevó para que Stewart continuara despejando la zona de entrada para los coches que continuaban llegando.

Jason alzó la mirada justo después de anotar el nombre de "Steve Lowell" y sintió que el corazón se le detenía en el acto. Arianna Townsend, vestida con aquel impresionante vestido de dorado, caminaba hacia la entrada del salón con su pelo ondulado al aire, aún más radiante que cuando se lo había probado en la tienda.

Sin poder evitarlo, dejó aquello que tenía entre manos para clavar, hechizado, la mirada en ella. Sus ojos chocaron un breve segundo y Jason se preguntó que sería lo que surcaba la cabeza de la implorante mujer que tenía en frente. La veía caminar hacia él, segura y decidida, y se preguntaba si toda aquella estupidez de evitarse por fin había quedado en un segundo plano.

—Arianna —saludó en voz baja cuando llegó a él, aún impresionado por la belleza que irradiaba aquella noche.

—Señorita Townsend, ¡qué placer volver a verla!

Arianna propinó un fugaz beso en la mejilla al trajeado chico que tenía Jason a su lado y después, colgándole de su brazo, echó a caminar junto a él hacia la entrada del salón comedor.

—El placer es mío, Lowell —susurró con voz seductora mientras Jason los perdía de vista.



# 13

Steve Lowell.

Aquel nombre se le había quedado grabado en la mente y no lograba quitárselo de encima. Desde que había visto a Arianna con aquel tipo, Jason no había logrado volver a concentrarse en su tarea y la caja de llaves, junto al registro, había comenzado a tornarse un verdadero desastre.

Intentaba concentrarse y prestar atención a cada invitado que acudía a la mansión de Manor House sin resultado, pues su mirada se encontraba puesta, incesantemente, en la puerta principal del salón.

¿Por qué Arianna estaba actuando de aquella manera con él?

Todas las miradas de Manor House estaban dirigidas a la chica del vestido dorado. Incluso Viviane, que en un principio no había aprobado aquella prenda, había terminado hipnotizada por el efecto que causaba entre la multitud. La belleza de Arianna no pasaba desapercibida, fuera donde fuere.

El salón no tardó demasiado en llenarse y los camareros comenzaron a desfilar uno detrás de otro con los elaborados cócteles en bandejas de plata. Todas las caras conocidas de Londres se encontraban presentes y Arianna, impresionada, pasaba de una conversación a otra con rapidez. Steve se había quedado charlando con unos políticos que tenía en común con Franck y Ari, un poco disgustada por el encuentro con Jason, había aprovechado el momento para escabullirse.

Su padre le había presentado a Steve la noche anterior. Tan sólo se habían visto unos instantes, pero había sido suficiente para entender por qué Franck estaba haciendo

tanto hincapié en crear un vínculo entre ellos dos. Steve Lowell era adinerado, tenía una muy buena imagen, una educación exquisita y era, sin lugar a dudas, el perro faldero de Franck. Arianna se había dado cuenta de la misma y había decidido no juzgar la relación que mantenían jefe y empleado, pues si debía ser sincera, el chico le había llamado levemente la atención.

Alto, con unos impresionantes ojos azules, el pelo castaño y un porte que tan sólo adquirirían las personas que habían nacido en un hogar privilegiado. Steve Lowell era un buen partido y, además, estaba dispuesto a conseguir a la chica dorada a cualquier precio.

—Es guapo, ¿verdad? —murmuró Rose, que había aparecido repentinamente junto a su hermana.

Ella la miró con una sonrisa traviesa.

—Aceptable —sentenció.

—¿Aceptable? —repitió su hermana, incrédula— ¿Lowell es un aceptable?

Arianna soltó una carcajada y decidió que, lo mejor dadas las circunstancias, era cambiar de tema. Por alguna razón, siempre asociaba a Lowell con Jason y aquella combinación no solía resultarle agradable.

Sí, estaba utilizando a la atención repentina de Steve para olvidar al chófer pero..., no todo se reducía a eso y era tan sencillo. Lowell le convenía, su padre le aprobaba y, además, para sorpresa de Arianna había resultado un caballero muy galán y agradable.

Rose cogió una copa de una de las bandejas de los camareros y se bebió el contenido de trago, sin siquiera interesarse por lo que era aquel líquido que ingería.

—¿Has decidido emborracharte?

Ella asintió, mientras cogía otra copa para después hacerla desaparecer con rapidez.

—¿Ves al hombre de la corbata azul? —preguntó, juntándose más a Ari para que nadie más pudiera escuchar la conversación—. Se llama Gaylord Brown y es un famoso director de cine al que me he propuesto conquistar.

Arianna se giró hacia ella, valorando el grado de embriaguez que lucía su hermana para entonces.

—¡¿Te has vuelto loca?! —exclamó, incrédula—. ¡Tiene el pelo blanco, Rose!

Su hermana soltó una risita y después, divertida, murmuró.

—Es el madurito más sexy que he visto en los últimos tiempos..., y el más rico.

—No hablarás en serio...

Rose, sin responder, interceptó otro cóctel más y salió disparada en dirección al tal Gaylord Brown que, sin ser consciente del acoso que sufría, charlaba animadamente con una chica rubia que a Arianna no le resultaba familiar.

Manor house estaba abarrotado de gente y no cabía ni un solo alfiler entre la gente. Uno de los camareros anunció que la mesa del comedor estaba lista para recibir a los comensales y, dirigidos por Viviane y Franck, los presentes comenzaron a deslizarse hacia el lugar de la cena.

—La mujer de oro —susurró Lowell en su oreja mientras rodeaba su cintura—, creo que sólo se escucha hablar sobre ti.

Arianna se giró para chocar con sus ojos azules. Sabía que todo era un juego para conquistarla, pero no podía evitar sentirse deseada. El calor de la mano de Lowell sobre su espalda hizo que su imaginación se desbocase y que, inconscientemente, Jason regresase a sus pensamientos.

—Lo dudo mucho —cortó Arianna, sin perder la sonrisa.

¿Por qué no era capaz de sacar de su cabeza al chófer? Dos veces, tan sólo había sido un error doble, nada más.

Caminó al lado de Lowell mientras las miradas más inquisitivas se posaban sobre ellos, seguramente levantando buena parte de sospechas y rumores que, por el contrario que en cualquier otra ocasión, Franck Townsend no se molestaría en desmentir.

—No lo dudes, te lo aseguro yo.

En el comedor, la familia Townsend se había sentado en un mismo grupo, presidiendo la mesa. El resto de los invitados se esparcieron en busca del lugar que les correspondía —que estaba señalado con un pequeño cartelito sobre cada plato— y Arianna agradeció que Lowell, una vez más, tuviera que alejarse de su lado.

Se sentó junto a Rose y se quedó mirando, boquiabierta, a su hermana Grace. Aunque el vestido de noche que lucía no tenía nada que envidiar al resto —seguramente porque lo habría escogido Viviane—, sus aires desaliñados dejaban mucho

que desear. Llevaba el pelo suelto y parecía que no se lo había cepillado en los últimos años, a lo que había que sumarle la falta de maquillaje que lucía su rostro.

Con una mirada de incredulidad, Arianna se giró hacia Rose que soltó una carcajada con tan sólo observar el rostro de su hermana mediana.

—¿Qué esperabas? —murmuró en voz baja para que sus padres no pudieran escucharla.

Grace se había percatado del examen de sus hermanas, pero ni siquiera se había molestado en responder pues, al fin y al cabo, aquel era el mismo cuento que siempre.

—¿No encontrabas el peine, Grace? —preguntó Rose, cada vez más atrevida y divertida—. Podrías haberme pedido uno...

Viviane, que sabía cómo iba a terminar aquella conversación, pellizco a Rose por debajo de la mesa para que se detuviera en el acto.

Arianna no podía creer lo que veía; Grace, como siempre..., y Rose, borracha. Seguramente, la imagen que daban en aquellos instantes distaba de ser la que un vicepresidente pudiera desear de su familia.

Desvió la mirada hacia el fondo de la mesa y se sorprendió de lo llena que se encontraba en aquellos instantes hasta que sus ojos volvieron a chocar con los de Steve Lowell. Aquel hombre no le quitaba el ojo de encima ni un sólo instante. Confusa, sonrió débilmente procurando ser agradable, pero incapaz de evitar sentir una sensación de agobio creciendo en su estómago.

Cuando volvió la mirada y regresó a la realidad, se sorprendió al encontrar a Rose riendo a carcajadas y a Grace rompiendo en llanto. Su padre las miraba a cada una de ellas, disgustado, con los ojos abiertos como platillos mientras su madre procuraba poner orden.

—Rose... —regañó, de la misma manera que lo había hecho durante la infancia de las hermanas—, discúlpate antes de que esto empeore.

Por mucho tiempo que pasase, habría cosas que jamás cambiarían.

Grace, dolida, se levantó y echó a caminar hacia la puerta mientras se retiraba los lagrimones que salpicaban su rostro.

—Vete ahora mismo a disculparte con tu hermana —gruñó Franck, sin poder evitar que la situación continuase desmadrándose.

Arianna miró hacia el fondo de la mesa, una vez más, sorprendiéndose de lo abarrotada que estaba. Sabía que si Rose no se hubiera encontrado en tan mal estado, se hubiera arrepentido de montar un numerito en una ocasión como aquella.

Inquieta ante la mirada continua de Steve Lowell, Arianna decidió levantarse para salir tras su hermana.

—Iré yo —murmuró, mientras todas las miradas masculinas de la mesa se clavaban en su espalda desnuda.





## 14

Cuando salió al exterior, Grace había desaparecido.

Alzó la mirada hacia el firmamento repleto de estrellas que se abrían paso sobre su cabeza y contempló, impresionada, la belleza que irradiaba la luna llena en aquel instante.

Por primera vez desde que tenía memoria, Arianna Townsend sentía que su maravillosa y perfecta vida no tenía sentido, que todo se resumía a un juego estúpido que por alguna razón le había tocado vivir. El tablero, Manor House, su vida, una pieza.

Reflexiva, se apoyó sobre la barandilla y rebuscó entre la oscuridad de los jardines algún rastro de Grace. No soportaba a su hermana y aquel sentimiento no iba a cambiar de la noche a la mañana, pero no podía permitir que se encontrase merodeando en la oscuridad.

Todo a su alrededor parecía sumido en la más profunda calma. Tanteó la mirada entre todos los coches que se encontraban estacionados sin encontrar rastro alguno de ella.

Jason se apoyó sobre el salpicadero de un Rolls-Royce de diseño que uno de los invitados le había cedido para aparcar y del que no había podido evitar enamorarse. Después de aparcar el último de los coches, se había metido en aquella pequeña joya para relajarse y pensar con tranquilidad.

Había tomado la decisión de sacarse a aquella mujer de la cabeza, costase lo que costase, para poder mantener aquel empleo y la cordura que le quedaba.

Escuchó el sonido de un motor accionándose un par de metros más allá de donde se encontraba él, y cuando alzó la mirada hacia el frente, se encontró con el destello dorado que irradiaba Arianna desde el altillo de la entrada.

Olvidándose de su alrededor, se quedó inmóvil con la mirada clavada en ella, embrujado por el efecto de sus curvas doradas y su piel bronceada.

El vehículo se detuvo en el descansillo que quedaba entre los jardines y la entrada, pero el motor no se apagó. Jason, tan extrañado como Arianna, se preguntó de dónde habría salido aquel vehículo y si no era uno de los que Stewart y él ya habían estacionado.

¿Acaso alguien se marchaba ya de Manor House?

Markus se bajó del coche, pero no se molestó en apagar el motor.

No tenía pensado pasar demasiado tiempo allí y la expresión de Arianna al verle había dejado claro que cuanto antes se marchasen, mejor.

Estiró las piernas —que de tanto tiempo agazapado se le habían entumecido— para subir las escalerillas hacia ella y se detuvo en seco cuando la chica reculó.

—¿Mar..., kus? —preguntó Arianna, sin poder creer lo que estaba viendo.

Estaba sucio, embarrado y tenía un aspecto pésimo. Lo miró de arriba abajo y no reconoció en él ni un solo resquicio del hombre con el que había compartido tantísimos momentos de pasión en Zúrich.

—¿Por qué no has contestado mis llamadas, Ari? —preguntó, con una sonrisa impresa capaz de causar escalofríos a cualquiera.

Ella lo miró, asombrada y asustada a su vez, sin llegar a comprender qué era lo que hacía allí.

—Markus —murmuró con voz firme, procurando mantener la compostura—, no puedes estar aquí, no es el momento para hablar de esto.

No necesitó demasiado para comprender que aquel chico no estaba bien de la cabeza pero, con tantas personas presentes, tampoco debía preocuparse por ello.

—Este es el momento, Ari. No hay otro momento —respondió con la voz titilante.

Se acercó hasta ella y la sujetó del brazo. Arianna inspeccionó su ropa encenagada y sus labios agrietados y se preguntó cuánto tiempo había pasado escondido en los jardines de Manor House.

La mañana en la que Jason y ella habían ido a los cines, Arianna hubiese jurado que lo había visto escondido entre la maleza si el pensamiento no le hubiera parecido tan descabellado. Ahora todo cobraba sentido...

Manteniendo la calma lo máximo posible, susurró.

—Si no me sueltas ahora mismo, gritaré, Markus.

Él chico sonrió con ironía, provocándole una sensación parecida al pánico a Arianna.

—Si gritas, no volverás a ver a Grace.

Grace.

¿Dónde estaba Grace? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Markus se había llevado a su hermana?

—¿Qué has hecho con ella? —preguntó en voz baja, con un hilillo de voz prácticamente imperceptible.

Sus ojos azules señalaron el coche, que aún continuaba esperando con el motor encendido.

—Sube —ordenó.

La mediana de los Townsend no supo si replicar o no, estaba paralizaba.

Notó un pequeño empujón tirar de su cuerpo y caminó hacia abajo como una autómatas, con la mirada perdida en la lejanía mientras analizaba lo que estaba sucediendo.

No podía ser verdad, todo aquello tenía que ser una pesadilla...

Markus la soltó para abrir la puerta del copiloto e, impaciente, la instó a subirse al interior. Arianna no opuso resistencia y se sentó en el asiento.

Mientras Markus rodeaba el coche, la joven aprovechó para inspeccionar los asientos traseros en busca de Grace. ¿Dónde narices estaba su hermana?

—Dime dónde está, Markus —murmuró, temblorosa, aún sin asimilar que estaba siendo secuestrada—, ¿qué has hecho con ella?

CONTINUARÁ...

## Conclusión

Por último...

¡Gracias a ti, lector, por haber descargado y leído mi libro!

Estaré encantado de leer tu opinión en Amazon, así que no te olvides de escribirla.

Atentamente,

Christian Martins.

# **SOBRE EL AUTOR**

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre sus novelas!

## OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

### TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos. Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece. Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

## **NOSOTRAS (JUNIO 2017)**

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



## ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor. Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada... Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito... Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.

## MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»

## **BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)**

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»

## **SOLO TUYA (ABRIL 2017)**

A pesar de todo lo que el sexy empresario, Lorenzo Moretti, y la joven española, Victoria Román, han sufrido para poder consolidar su relación y estar juntos, por fin todo marcha viento en popa. Se quieren, se adoran, se respetan y aunque puedan sufrir pequeñas discusiones entre ellos, todo resulta sencillo de perdonar. Hasta que ciertas personas del pasado reaparecen en la vida de la perfecta pareja para recordarles que nada es tan sencillo como parece en un principio.

Victoria Román se verá sumida en la sombra de una ciudad desconocida y tendrá que tomar la decisión de si sufrir por conservar su matrimonio o luchar por su propia felicidad.

¿Volverá a Madrid y rehará su vida sin Lorenzo? ¿Podrá superar perder al amor de su vida? ¿Merece el amor tanto sufrimiento?

«Descubre lo que pasará en esta segunda parte de “Seré solo para ti” repleta de erotismo y romance, más excitante aún que la primera...»

## **SERÉ SOLO PARA TI (FEBRERO 2017)**

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»